OTHECA
Ms
ELLANA



es, M
ósitos

FUN. Ms 14

Los tres expósitos.

Los tres expósitos

por

Dr. Marcial Valladares

y

Nuñez

1883.

I.

En una aldehuela del valle de Trasdeza, á la izquierda del rio Toja, no lejos del **Salto de agua**, ó catarata, que en la parroquia de San Martin de Pazos, ayuntamiento de Silleda, provincia de Pontevedra, forma dicho rio antes de su confluencia con el Deza, vivian Simon y Margarita, su esposa; esta, de segundas nupcias y ambos, labradores tan honrados como pobres, pues no poseian mas que una mala casucha y un pegueño huerto, propiedad de la Margarita, destinado ordinariamente á patatas y hortaliza, de que se alimentaban los pocos dias en que, por falta de

jornal, hacían lumbre en su vivienda y trabajaban aquel. En tan precaria situacion y habiendo Margarita dado á luz un hijo, circunstancia que casi la imposibilitaba de aprovechar jornal, dijo cierta noche á su marido:

—Simon, tengo en las mientes un proyecto que no sé si aprobarás.

—Dile y hablarémos.

—Con motivo de ese hijo que nos há dado el cielo, poco, ó nada, puedo ayudarte en tu trabajo; pero, robusta como soy y con leche para criar dos niños, traigo, si te parece, uno de la inclusa, criamosle con el nuestro y de este modo lo que al jornal no gane lo ganaré lactando la criatura que saque de la inclusa.

—Buena es la idea, si con fuer-

Zas te crees para llevarla á cabo.

——Creo y Dios ayudará.

——Entonces el dia que dispongas iremos á Santiago tu y yo.

——Iré yo sola, Simon. No quiero perdas tu dias de jornal: iré yo sola, repito, y la vecina Leonisa Será de mamar á nuestro hijo y le cuidará durante mi breve ausencia.

——Hecho y manos á la obra.

En 11 de mayo de 1852, antes que el sol se dibujára en el horizonte y mientras en los montes las alondras y en los robledales, enjados de tierna hoja, otras avecillas anunciaban placenteras la llegada del brillante astro, corrió á Santiago Margarita, en cuya ciudad hizo noche. Presentóse el 12 al Administrador del Hospital, manifestóle su deseo, á que accedió gustoso, y el 13 salió de Compostela, trayendo en brazos un niño.

escogido en la tarde del día anterior y que se le entregó juntamente con una tarjeta de pergamino, atravesada por una cinta de balduque encarnado, pendiente de la faja de la criatura, y en la tarjeta estas palabras: "Indalecio; n.º 209; nació en 9 de mayo de 1852."

Pernoctó en el camino y el 14 antes de mediodía llegó, tan alegre y lista á su casita, que, acostando en humilde cuna al expósito, fuese á buscar inmediatamente á su verda dero hijo Líborio y acostólo también al lado de Indalecio. Juntos los fué criando, juntos crecían rollizos y guapotes y juntos enredaban. A los siete años servían ya de algo á Margarita en sus domésticas faenas y á los diez juntos marchaban á la escuela; luego, á apacentar en los ceci

nos comunales montes hermosa cabra y una vaquita, recien compradas, y, mientras Margarita segaba un **arraso**, ó cesta de yerba, en un pradito que en arrendamiento había tomado, para mejor alimentarlas, ellos arrancaban y traian haccillos de la ñosa erica, para quemar de noche y calentarse. Por manera que, no tardando en parir la vaca un ternerito y la cabra dos chivitos, los muchachos estaban muy contentos, había leche para almuerzos y meriendas y algo, ademas, se interesaba en la venta de quesos y bollos de manteca que Margarita hacía de la sobrante leche.

En verano, nuestros dos hermanos recogian bellotas de roble para el marramillo y en invierno y verano siempre descalcitos, mal arropados, saltando por entre tojos, zarzales y **codesos**, ó adenocarpos; temblando de frio, mas veces; cantando, ó silbando, otras, mordiendo

algun zoquetillo de negro pan, llenan
dose de zarzamoras la barriga y apa-
ñando, para sus magostos, castañas al
suelo desprendidas en los inmediatos so-
tos. ¡Cuantas y cuantos manojitos de
leña, para esos magostos mismos, re-
buscaban entre las peñas de los re-
pechosos castañares próximos á *Sal-
to de agua!* Aquella catarata, es-
pectáculo sublime, imponente, en
los meses de mayores lluvias, cuan-
do crecido vá el Toja y sus lodosas
aguas en enormes masas se precipi-
tan allí con estampido horrísono
desde una altura de treinta me-
tros, para correr luego mas sose-
gadas hácia *Puente Sulago*; aque-
lla catarata entonces, lejos de
asustarlos, parecía invitarlos con el dulce rumor de su
descenso y la frescura de su pla-

teado raudal que, desatandose, sin ruido apenas, de roca en roca y serpenteando tranquilo, parte por el lecho del propio Toja y parte por espacioso seguro cauce, fertilizaba, á medio de regnerillas, vecinos prados, en que lucian mil variadas flores y frondosos árboles sobre cuyas ramas, si no oian, oyeran mas de una vez en primavera cantar la tórtola, el mirlo, el oriol y otros pajarillos.

Mozótes ya, hacian sombreros de paja de alcacer, cestos de varillas de mimbre, ó sauce, y carozas, ó capas, de seco machacado junco; todo para vender en las ferias de los contornos y proporcionarse dinerito que empleaban en prendas de vestir. Mas tarde, se dedicaron al oficio de panaderos, ó traficantes de pan.

Pero en 1873 Indalecio viose alistado y sorteado como mozo de vein-

tium años para el servicio militar:
número bajo le dió el sorteo y entonces
sus adoptivos padres trataron de excep-
cionar y excepcionaron lo que mas con
veniente les pareció, á fin de libertar-
le y no verle partir para la guerra.
Vendieron, al intento, la vaquita
con su cria; mas nada consiguieron;
Indalecio fué declarado definitiva
mente soldado ante la comision
de la Diputacion provincial de
Pontevedra y conducido al cuartel
entre gritos y lloros de sus adopti-
vos padres; gritos y lloros que despe
dazaban el corazon, siquiera de ellos
se vieran el sargento conductor y
otros mozos, quintos tambien de
aquel reemplazo.

Llegado que hubieron al cuar-
tel y recobrados algun tanto de su
dolor Simon y Margarita, roga-

ron al Comandante de la caja tuviera á bien permitir que Indalecio los acompañara á tomar algo, ó comer de mediodía, en un figon cercano y recibir de sus adoptivos padres el abrazo de despedida. Permitióselo con gusto el Comandante y juntos tomaron ligera refaccion, despues de la cual echó Margarita al cuello de su adoptivo hijo un escapulario nuevo del Carmen que á prevencion trajera y díjole:

—Toma, hijo mio, este recuerdo de mi cariño; llévale siempre sobre tu corazon y él te defienda y libre de todo mal y de todo peligro.

Luego le dió un abrazo y, acercandose Simon con lagrimas en los ojos, dióle tambien otro y cinco duros, ademas, último resto del importe de la vaca y su ternero.

Liborio quedára en cama enfer-

no é Indalecio, al despedirse allí de él la víspera de partir, entre besos y tiernas muestras de cariño, recibiera ya igualmente del primero cuanto su generosidad estimó oportuno y fueron veinte reales que el segundo no quería admitir y admitió á la fuerza.

Hijo y padres volvieron á abrazarse y, tristes todos mas que oscura noche, se separaron; Indalecio, marchando hácia el cuartel; Simon y Margarita, en direccion á su casucha.

Dejemos á estos caminando y sigamos los pasos de Indalecio en el ejército.

II.

Indalecio, destinado en 12 de Diciembre

de 1873 al depósito de instrucción de quintos de Castilla la Vieja, fué alta el 16 en este depósito, donde permaneció el resto del año, bien sí; pero sintiendo muchas soledades, mucha nostalgia, esa especie de enfermedad que aqueja á casi todos los jóvenes de nuestra patria la primera vez que dejan la tierra en que nacieron, ó se deslizó su infancia; soledades que pronto la vida de cuartel y el roce con sus camaradas amortiguaron, transformándole en otro hombre, bien que religioso siempre y observante fiel de sus deberes, no menos que de los sabios consejos de sus adoptivos padres, á quienes escribió muy sentida carta.

Hallóse en los acontecimientos que el 14 de enero de 1874 tuvieron lugar en Valladolid y el 24, soldado ya de la 2ª compañía del Batallon Reserva del mismo Valladolid, nº 27, salió para Vitoria, en cuyo punto quedó de guarnicion has-

ta el 9 de abril que marchó á Santander, donde, reunido su Batallón, formó con él parte del tercer cuerpo de ejército al mando del Jeneral Marques del Duero. El 13 embarcó en el vapor Covadonga para Santoña, llegando á Laredo el 16 de junio y quedando allí de instruccion hasta el 26 que, emprendidas las operaciones militares, asistió á las acciones de los dias 28 y 30 en las Muñecas y Peña de Galdames, entrando en Bilbao el 2 de mayo, por lo que adquirió derecho al uso de la medalla conmemorativa. Veamos lo que á sus adoptivos padres decía en una segunda carta que les escribió antes de salir de Bilbao:

"Amados padres mios: Me alegraré que estas cuatro mal formadas letras lleguen á sus queridas

manos y los hallen disfrutando completa salud, como yo para mí deseo. La mia buena, á Dios gracias, para lo que VV. gusten mandar, que lo haré con gran contento y fina voluntad, segun es de mi obligacion. Sabran como hace 15 dias que no mudé camisa limpia y andamos por estas tierras batiendo á los carlistas, con la vida en un hilo y llevando tan terribles sustos, que una cosa es decirlo y otra verlo aquí nosotros. Pidan VV. á Dios por mi, que yo tambien pido por VV. y, aunque no rezo el rosario muchas noches, ni oigo misa algunos Domingos y dias de fiesta, con motivo de nuestras marchas y contramarchas, traigo siempre sobre mi corazon el escapulario que V., madre mia, me echó al cuello y procuro rezarle algo."

"Estoy de prisa, que vá á salir el Batallon. Memorias á mi querido

hermano Liborio y á cuantos por mi
pregunten y Vv. recíbanlas a medida
de su deseo de este hijo que los ama
y ver ansía

Indalecio"

"P. D. Me contestarán, dirigiendo el sobre
á Indalecio Rey, soldado de la 2ª compa
ñía del Batallon Reserva de Valladolid, nº 27. Bilbao, ó donde se halle."

Salió de Bilbao el 4 y, recorriendo
varios pueblos de las provincias vascongadas, entró el 16 en el hospital
de Medina de Pomar, incorporándose á su Batallon el 7 de agosto
en Lerin. El 31 del mismo agosto salió para Oteiza, asistió á la accion
librada en sus cercanías al mando
del Teniente General Morionesy, suelto á Lerin, quedó allí de guarnicion hasta el 30 de setiembre que,
pasando á la 5ª compañía del

1.er Batallon del Regimiento infantería de Zaragoza, n.º 12; incorporado luego al de operaciones de Tafalla en la provincia de Navarra, anduvo por aquellos pueblos y se halló el 27 de enero de 1875 en el levantamiento del bloqueo de Pamplona y operaciones practicadas hasta la toma de Puente la Reina el 3 de febrero.

Contestadas por mano de Liborio de la manera tierna y afectuosa que es de suponer las citadas cartas que á sus adoptivos padres escribiera y como en Puente la Reina, Obanos y Legarda estuviese hasta pasado agosto, escribióles otra y otras por el estilo de la que insertamos.

El 3 de setiembre hallóse en la accion de Ayúz y el 20 en la toma de Huarte. El 7 de octubre volvió á Oteiza y allí permaneció hasta 1.º de Diciembre que fué á prestar servicio en las alturas de Huarte y Villalba. Luego, su Re-

gimiento fué destinado á formar parte del ejército de la izquierda y marchó entonces para Logroño, á donde llegó el 30. De operaciones en la provincia de Alava y acantonado el 2 de enero de 1876 en Briones, subsistió allí hasta el 26 que salió tambien de operaciones para Bilbao, hallandose el 30 en la toma de Villaro y accion de Arteaga; el 4 de febrero, en la de Zornozo; el 5, en la de Abadiano y el 13, en la de Elgueta, todas á las órdenes del General D.n Antonio del Pino bajo la direccion del General en gefe del ejército D.n Genaro de Quesada. Despues, marchó á Vitoria, en cuyo punto y pueblos inmediatos anduvo hasta principios de abril, bastante disgustado, pues cartas de Margarita le participaban como Simon, su adoptivo

padre, estaba en cama enfermo hacía tiempo sin grandes esperanzas de mejoría. Escribíóles nuevamente, con todo el amor de un hijo y consolandolos con la noticia de que, si, como hasta entonces, Dios y la Virgen la protegian, no tardaría mucho en correr á su lado y ayudarlos en lo que pudiera.

El 6 de dicho abril pasó con su Regimiento al Distrito de Navarra, que dando acantonado en la raya hasta fin de mayo que marchó á su casa con licencia ilimitada y fué alta en el Batallon Reserva de Pontevedra, n.º 21, con destino á la 5.ª compañía.

Comprendido en el artículo 1.º del R.l Decreto de 19 de marzo del mismo 1876, concedióse le un año de rebaja para optar á su licencia absoluta, la cual, cumplido el tiempo de su empeño, sin fea nota en su

conducta, antes mereciendo bien de la patria, le fué expedida en 30 de abril de 1878.

III.

Simon y Margarita, tristísimos, sin un cuarto casi, á pié y llenos de cansancio llegaron, por fin, á su casucha, notando en ella vacío inexplicable que el corazon les oprimia y, aunque Liborio los aguardaba ya fuera de cama y mejorado de su dolencia, el pesar mismo que observaban en el jóven, por la ausencia de su hermano de leche Indalecio, traiales á la imaginacion recuerdos que mas y mas los angustiaban. Verdad es que Simon lloraba menos que Margarita, pero sentia interiormente mas. A los dos años,

el trabajo del campo la fatigaba demasiado; dió en aflojar; si una semana se encontraba bien, otra se sentia mal. Pasaronse así algunos meses. Simon cambiára enteramente y, conociendolo Margarita, conociendo que su marido no podía salir ya á trabajar, hizo que Liborio, sin dejar el oficio de panadero, reemplazára á su padre en las casas á que, como jornalero, solía ir. Un dia Simon que dóse en cama; quiso el siguiente levantarse y no pudo; llamóse al médico y este dijo que los síntomas eran de fiebre y nada de alimento, mientras no se sabía el giro que tomaba la enfermedad, sobre todo mientras dura se la calentura; pero la fiebre declaróse pútrida y, de tal manera se cebó en el enfermo, que, viendo el facultativo la cosa mal parada, dijo á Margarita seria bien asistára al

señor cura, para que la confesase. Avisó le, con efecto; entró á ver al enfermo, que preparado estaba ya, y, despues de un recíproco saludo entre los dos, dijole el señor cura:

—— Venía á visitar á V., amigo Simon, y acabo de saber que quiere confesarse.

—— Si señor; quiero confesarme y, si á V. no le es muy molesto, ahora mismo me confesaría con V.

—— Bien, hijo, bien. La confesion, lejos de perjudicar, tranquiliza y enfermos hay á quienes quita, ademas, gran peso de sobre su conciencia. Diga V. pues, el Yo pecador y empecemos, amigo mio.

Terminada la confesion, habló el señor cura un rato con el confesado; marchó aquel y, trayendo á poco la Magestad, seguido de multitud de fe ligreses que, prévio toque á Sacramentos, se vinieron y con encendidas velas

de cera la acompañaban, administrósela al enfermo, el cual, lleno de recogimiento y devocion edificante, la recibió, así como tambien, acto continuo, la Santa Uncion.

De noche, experimentó recargo; durmió, no obstante, cerca de una hora y, al despertar, llamó á Margarita para que le humedeciera los labios; humedecióselos esta con un paño mojado en vino y díjole luego el enfermo con voz pausada:

——Margarita, esposa mia, compañera de mi vida, esto se vá; esta luz se apaga y quiera Dios vuelva á encenderse en el cielo.

Margarita enternecióse y, acariciándole el rostro con la mano, contestó:

——Estamos á lo que Dios disponga; hágase su voluntad y no la nuestra.

—¿En donde vá Liborio?

—Aquí estoy, padre mio, respondió el hijo, asomando al lado de su madre.

—No te veía. Quiero despedirme ahora de vosotros, pórque mas tarde no podré, acaso... ¡Qué triste es la muerte y cuan á prisa viene en busca mia! No me la hagais horrible, Señor, dijo, alzando al cielo los ojos, y muera yo en vuestra gracia.

Luego, añadió:

—Ya sé, Margarita, que nada, ó casi nada, dejo en el mundo, que esta casita y su huerto son tuyos; quiero, de consiguiente, que mi entierro sea modestísimo; pero te encargo ruegues mucho á Dios por mi. Y tu, Liborio, hijo mio, recibe mi bendicion, pide á Dios tambien por mi y no desamparas á tu madre.

Margarita y Liborio lloraban y

enjugábanse las lágrimas con las manos. El enfermo reclinó la cabeza sobre la almohada y, con voz casi imperceptible, continuó:

—Siento no poder despedirme de Indalecio y bendecirle igualmente; pero Margarita le bendecirá en mi nombre cuando llegue.

Por la mañana, si bien algo mas despejado, sobrevínole á las once una afliccion y el señor cura, que acababa de llegar y la presenció, comprendiendo la gravedad del paciente, que su vida iba extinguiéndose á pasos agigantados, no le abandonó ya y exhortándole, ayudándole á bien morir, estuvo hasta las dos y media de la tarde que espiró, bajó á anunciar el fallecimiento y se retiró.

Margarita entonces, de pié en el umbral de la puerta de su cascha y cruzadas las manos sobre la cabeza,

puso grito en el cielo; Liborio hizo lo mismo, golpeando los brazos sobre la artesa de la cocina que al punto se llenó de gente, pues á los gritos acudieron vecinas y vecinos; dos de los segundos cogieron al mozo y lo llevaron consigo á fuera; de las primeras, una, la mas apuesta, cogió tambien á Margarita y, sentandola en un banco, procurando consolarla y que se serenára un poco, dijo seguidamente:

—— Gritos y lloros, Margarita, no resucitan á tu marido, nada adelantan y, como reza el refran, "muerto á la hoya y vivo á la villa" Con que asi ánimo, pensar en lo que hay que hacer.

Y, dirigiendose á dos muchachos que allí estaban, añadió:

—— Tu, Angel, inmediatamente á Samartiño á dar tres **folgas** largas, para que las gentes oigan y vuelvan

á Dios por el finado; tu, Valentin, á casa del enterrador, para que esta noche sin falta venga á vestirlo y abra mañana la sepultura; yo me encargo del hábito y de la caja que traeré de casa de Nuevo de la Bandeira, cuidando sea de las mas baratas; y tu, Rosalia, quédate ahí con Margarita, pues voy á hacer que mi José hable, acerca del entierro, con el señor cura y busque dos sacerdotes para acompañar el cadáver á la iglesia y celebrar en ella con dicho señor el funeral.

Ejecutóse todo sin demora y el dia siguiente á las diez de la mañana, precedido del guion parroquial, en hombros de cuatro jóvenes solteros, seguido de los dos sacerdotes y todos los vecinos de la aldea, partió el cadáver de la casucha mortuoria, cantandose en el camino algunos responsos hasta

la iglesia, donde se celebró la funcion de entierro.

Margarita, en medio de su agradecimiento á la vecina que tan bien las cosas dispusiera, no sabía apenas que hacerse y, á no ser por respeto á la memoria de su marido, por Liborio y hasta el que dirian, hubiéralo abandonado todo y echádose á pedir limosna; mas, comprendiendo que su vecina tenía razon, acordándose del refran que trajera á cuento, hizo de la necesidad virtud, cobró ánimos y, aprobando lo ordenado, pidió dinero para pagar gastos funerarios, médico, medicinas y demas que ocasionára la enfermedad de Simon, dinero que pronto llegó á satisfacer y, para lo cual, deseosa de no entramparse, vendió en la primera feria á que pudo ir, no solo la tela de estopilla, á camisas destinadas, sino tambien la cabra; pues,

de los muchos chivitos y chivitas que pa
rieran estas, unos, se matáran y consumie
ran en casa, lo mismo que el marrani
llo; otros, vendidos fueran igualmente,
para salir de apuros: asi es que, en vez
de prosperar, todo en su casucha fué á
menos.

Liborio, luego que se vió sin pa
dre, sin Indalecio que le ayudára y con
su madre en situacion tan angustiosa
y mísera, echó sus cuentas, trató de fi
jar su suerte, de acomodarse y casó en
la parroquia misma con una mujer
honrada, única de sus padres y que apor-
tó al matrimonio algunos intereses, ó bie
nes de fortuna, razon por la cual tuvo
que dejar la casucha de su madre y
llevarse consigo á esta, tanto mas,
cuanto no consintió su mujer quedá
ra sola, ni justo era abandonarla
en su dolor, privada de su marido

y de los dos hijos que mucho le habian costado. Por manera que su casucha se cerró y, en cuanto al huerto, lo cultivó y cultiva aún Liborio con los demas bienes de su mujer que dos, ó tres, hijos le há dado ya y son hoy el embeleso de su abuela.

IV.

Acogido tambien Indalecio en casa de Liborio, mejor dicho, en casa de la mujer de este, bien que sin muestras de grande júbilo, á causa del fallecimiento de su adoptivo padre, fallecimiento que supo entonces y medio sospechaba, en vista de las noticias recibidas, acerca de su enfermedad, antes de retirarse del ejército con licen-

cia ilimitada, permaneció en aquella casa muy pocos días. Comprendía ser gravoso allí y, viendo que á su adoptiva madre nada le faltaba al lado de su hijo y nuera, trató inmediatamente de ganar pan, subsistir por sí, buscar amo, en una palabra, á quien servir. Sirvió, pues, como unos seis meses en cierta casa; como un año, en otra y el 17 de noviembre de 1873 entró en la de D.ª Sofía de Montalvite, vecina de San Pedro de Donas, región del Val.

Indalecio, que algo había visto ya y recibiera mas de una lección del mundo; de pasiones nada violentas y hasta sin amores, que nunca tuvo, ni quería tener, acostumbróse pronto en Donas y, adquiriendo apego á las cosas todas de la casa en que se hallaba, atendía lealmente al cumplimiento de sus deberes. D.ª Sofía sentíase con esto muy

complacida y dábase la enhorabuena por el hallazgo de un criado fiel y de confianza, tanta, que hasta el cajon del dinero podía dejarle abierto, sin recelo de que un céntimo le faltára. De buena presencia, simpático, nada pendenciero, antes dulce, de palabras meigas, al parecer hipócritas, pronto igualmente conquistó amigos en la parroquia y los domingos y dias de funcion solemne, con su pantalon de corte, chaqueta fina, camisola planchada con jemelos en los puños, pañuelo de seda al cuello, reloj de plata en el bolsillo del chaleco y leontina pendiente de un ojal del mismo, semejaba un señorito; las mozas bebian por él los aires y D.ª Sofía decía para sus adentros: "No parece sino que mi criado es hijo de algun Marques." Y era que Indalecio, llevado hasta cierto punto de la corriente del

nuestros tiempos, en que el lujo se desborda, no quería ser menos que sus amigos, en quienes se miraba y con los cuales bailaba en las romerías, ó la república, como dicen las labradoras, iba á cantar los Reyes en distinguidas casas del contorno y de máscara, ó sin ella, algun dia de carnaval, todo con permiso de su ama y sin desatender su obligacion. Esto no obstante, muy raras veces se le observaba alegre; nunca, ó casi nunca reia y noche hubo en que, con los brazos apoyados en las rodillas y el rostro sobre las manos, no daba habla. Indalecio padecia entonces mucho, meditando en su infeliz suerte; gruesas lágrimas humedecian sus ojos y su corazon se oprimia ante la ignorancia absoluta de quién fuese el autor de su existencia, ó, cuando menos, su verdadera madre; y eso que el 23 de mayo de

1879 cobrado había en Pontevedra 483 pesetas 33 céntimos, importe de los alcances que, como soldado, le correspondieran en su final ajuste y depositára en manos de Dª Sofía.

Cierta tarde que sembraba habas en una de las platabandas de la huerta de su casa, bajó esta á inspeccionar la siembra; entraron ambos en conversación y, aprovechándose Indalecio de la coyuntura aquella, dijo á Dª Sofía:

——Señora, una cosa quisiera manifestar á V. y casi no me atrevo.

——¿Alegre, ó triste?

——¡Qué sé yo!

——Habla y sin rodeos.

——¿Serviré yo para casado? ¿Deberé casarme, ó no?

——En tiempo de casarte estás; ahora si sirves, ó no, para casado, si debes, ó

no, casarte, eso no me toca á mi decirtelo; consúltalo con tu conciencia y tu confesor; mide tus fuerzas; piénsalo mucho y, si con vocacion te sientes luego para el matrimonio, cásate; pues vale mas casarse que abrasarse y trabajo honroso de casado que vida mala de soltero.

——Mil proyectos calientan mi cabeza y, si bien nunca fuí derretido por mujeres, ni me halaga mucho la vida de casado, conozco que la mocedad desaparece pronto y que, solo, como yo me veo, en el mundo, mal lo pasaré el dia en que, enfermo, ó viejo, no tenga quien me cuide, ni dé siquiera un sorbo de agua

——Discurres bien y yo, en tu caso, á la cruz del matrimonio me abrazaria. Una buena mujer hace esa cruz ligera, si es quien debe el hom-

bre. ¿No echaste ya el ojo á alguna jóven de tu edad?

——Una existe en esta parroquia; una, á quien trato un poco y que no deja de agradarme; pero, desgraciada como yo, no conoce padres, ni tiene otra cosa mas que un regular palmito y buen carácter, en mi concepto.

——Eso último es lo principal; pero, nada, ó poco, tu y nada ella, es una continua noche, ocasionada á tropiezos y desventuras que, si antes del matrimonio no se ven, ó no se quieren ver, aparecen despues demasiado claros, en toda su desnudez y realidad.

——En cuanto á eso, señora, creo que mi adoptiva madre no vacilará en cedernos gratuitamente, al menos por algun tiempo, su casita, hoy cerrada y mal sería que, con albergue en que morar y los alcances que en poder de

V. conservo, no acertásemos á ir fundando vida.

——Herrar, pues, ó dejar el banco; casarse pronto, ó renunciar definitivamente al matrimonio y, si de algo sirvo en el asunto, contar conmigo.

——Gracias, ama mia.

V.

Indalecio, en vista de los prudentes consejos de su ama, despues de haberlo pensado bien y consultado con su confesor, habló formalmente á Arminda, jóven á quién habia aludido en su conversacion con D.ª Sofía y que realmente le gustaba. Declaróle su pensamiento, el deseo de que consintiera en ser su esposa. Ella, sí no sorprendida con una declara-

racion que, mas ó menos tarde, debia aguardar y anhelaba quizá, díjole un tanto remisa, al parecer:

——Yo, Indalecio, abandonada, como tu, á la caridad pública y, como tu, en casa de extraños, si bien excelentes amos, á quienes há tiempo sirvo, nada tengo ni poseo mas que la libertad de mi corazon, de mi persona y lo que sirviendo gano todo se me vá casi en vestir.

——Harto sé, Arminda, lo desamparado y triste de nuestra situacion, que ni tu ni yo poseemos bienes de fortuna; pero salud tenemos, á Dios gracias, tu carácter dulce y tus bellas prendas me llevan hácia ti y espero no me engañarán, si á ser mi esposa te decides.

——Eso, Indalecio, es muy eventual y creo que, si otros elementos no reunimos, locura sería el casarnos, para llorar seguidamente lo que ya no tendria reme-

dió.

—— En primer lugar y por mi parte, cuento, Arminda, con la Providencia que de cien peligros me salvó durante el tiempo de mi servicio en el ejército; en segundo lugar, con mis brazos, acostumbrados desde niño al trabajo, con mis alcances de soldado, percibidos ya, en poder de mi señora ama é importantes mil y pico de reales, con algun pequeño ahorro de mi salario y cuento, en fin, con que casita de balde, para empezar vida, no há de faltar, pues sin inquilino y cerrada está la de mi adoptiva madre desde que á vivir se fué con su hijo y nuera, como sabes.

Arminda, empero, no ataba ni desataba; terció en el asunto D.ª Sofía y, entrando en calor la jóven, se arregló la boda para el 20 de enero de 1882, prévias las correspondientes proclamas, ó canónicas admoniciones que los pár-

rocos de los contrayentes leyeron tres dias festivos en las iglesias respectivas.

Así las cosas, Indalecio y Arminda hablaronse ya mas á menudo y acordaron entre si los preparativos de la boda, no sin aconsejarse con D.ª Sofía, á quien rogaron se dignára ser madrina; pero, en las vísperas del casamiento, el párroco de Arminda, ó de San Pedro de Donas, mal satisfecho con la licencia absoluta, certificacion de soltería y otros papeles presentados por Indalecio, dijo á este no procederia á administrarle el sacramento del matrimonio, si no presentaba, ademas, certificado de su partida de bautismo. Indalecio no supo que replicar; corrió inmediatamente á Santiago y proporcionóse en el Hospital el documento exigido, que decía así:

«D.n Tomas de Acosta Codesido, Licenciado en derecho civil y canónico,

Caballero de la orden pontificia de San Gregorio el Magno, Secretario contador del Gran Hospital de esta ciudad y de la casa de expósitos, aneja al mismo, = Certifico: Que, habiendo reconocido el libro de ingreso y bautismos de niños expósitos correspondiente al año de mil ochocientos cincuenta y dos, al folio sesenta y ocho vuelto hallé la siguiente partida = Santa Ana = Inclecio *, número doscientos nueve = En diez de mayo de mil ochocientos cincuenta y dos yo el infrascrito capellan de semana de entradas del Gran Real Hospital de Santiago, central y general de Galicia, bauticé solemnemente y puse los santos óleos á un niño que nació en la sala de Santa Ana á las ocho de la noche del dia anterior, cama número diezisiete, hijo natural de la

---

* Véase lo que al final de este trabajo advertimos.

que dijo llamarse Narcisa Ramirez, sol
tera, natural de San Juan de Calo y ve
cina de Santa Maria de Lugo, distrito
municipal de Teo, provincia de la Coru
ña; abuelos maternos Cosme Ramirez y Eu
genia Sanchez, de la de Calo, y los pater-
nos incógnitos, por serlo tambien su pa
dre; le puse de nombre Indalecio; fué
su madrina Leocadia Sanchez, nodriza
de la inclusa. Y, para que conste, lo fir
mo al dia, mes y año referidos, ut supra =
= Juan Loureiro = Y en otro libro de dis-
tribucion de expósitos y de empadrona
miento de nodrizas externas que perte
necen al mismo año de mil ochocientos
cincuenta y dos, consta al folio ciento
quince que el niño á quien se refie-
re la partida inserta fué entregado,
para su lactancia y crianza en doce de
mayo de dicho año cincuenta y dos á
Margarita Estevez, viuda de Matias

Conde, vecina entonces de San Martin de Pazos.= Asi resulta de los dos mencionados libros, á que me refiero. Y, para que conste, á solicitud de Manuel Santin Alvarez de esta vecindad, con cédula personal de clase octava, número novecientos cincuenta y ocho, su fecha veintinueve de setiembre último, expido la presente en Santiago á diezinueve de enero de mil ochocientos ochenta y dos = Tomas de Acosta = V.º B.º = El Director = = Valentin García" Despues de cuyas firmas decia un sello de tinta azul: "Gran Hospital de Santiago. Provincia de la Coruña."

Este documento, que algunos creian innecesario y alegró mucho á Indalecio, pues revelaba, entre otras cosas, el nombre, apellido y oriundez de su verdadera madre, era luz mas que suficiente para averiguar la existencia y paradero de la hasta cierto punto desnaturalizada Narcisa que, sin compasion y nacido apenas

Indalecio, no permitió la aproximáran á sus pechos, antes si la separáran de su lado.

Presentóselo tambien al párroco y, satisfecho entonces del todo este, procedió á la administracion del sacramento que tuvo lugar en la iglesia de Donas ante dicho párroco, con asistencia de la madrina Dª Sofía, la madre adoptiva de Indalecio, Liborio su hermano de leche y varios otros parientes, amigos y vecinos, algunos de los cuales, al dar el sí la novia, empezaron á disparar tiros y cohetes, casi á la puerta misma de la iglesia, siguiendo prácticas en tales casos muy en boga y que, con razon, criticaba el párroco, por salvajes é irreverentes.

Los novios y acompañantes fueron luego con la madrina hasta su casa y allí unos y otros obsequiados con dulces, bizco-

chos y vino blanco; pero Margarita no se paraba los ojos de D.ª Sofía; imaginábase que su fisonomía no le era desconocida, que visto la había en otra parte, bien que mucho mas fresca y joven; y, mientras los demas bebian y charlaban, callada ella, no hacía mas que meditar, recordar pasados tiempos y asegurarse de que no era ilusion lo que en su interior juzgaba. Nada se atrevió á manifestar, empero, y solo en el camino, despues que se retiraron, llamó á Indalecio á parte y díjole:

——Sabemos ya quién es tu verdadera madre y yo creo adivinar quién es la de tu mujer. Las piernas se me tambalean y casi, casi, no me atreveria á indicártelo, si no viese en ello la felicidad, tal vez, de Arminda y tambien la tuya.

——Pues ¿qué adivina V., madre mia?

—Figúraseme, y quédese esto por ahora entre los dos, figúraseme que Dª Sofía es la madre, la verdadera madre de tu mujer.

— ¿Mi ama!

— Sí, Indalecio; tu ama!

— Y, madre, soñó, ó está soñando. Mi ama, una señora ejemplar como ella, casada un tiempo sin familia y viuda hoy, no me es posible creer tuviese de soltera á Arminda.

— Cállate; nada, sobre el particular, indigues á tu mujer, ni á otra persona alguna y mañana, Dios mediante, ya veremos si soñé, ó no.

Dª Sofía, por su parte, luego que los nóvios y comitiva se retiraron, cavilaba tambien, figurándosele haber visto un tiempo á Margarita en otro sitio. Andaba igualmente preocupada y no porque la menor cosa sospechára con

referencia á Arminda, si, recordando noche dolorosa para ella y recelando volver á verse ante Margarita, testigo de un secreto que solo á su confesor debió haber revelado. Una y otra no sosegaban y, si bien D.ª Sofía temía ver de nuevo á Margarita, esta con ánsia deseaba ver á aquella y quiso ir al lado de los nóvios, cuando, sin mas acompañamiento, se presentaron el dia siguiente á ofrecer á la madrina la **rebanda**, ó pan de boda, que suelen llevar y entregar los mismos nóvios al señor cura, á los padrinos y hasta á los vecinos del lugar de la que se casa.

El 21 de enero, con efecto, adornada Margarita de sus mejores trapos, como el anterior dia; vestidos tambien de gala Arminda é Indalecio y llevando este en blanca servilleta debajo de la capa dos grandes **bolas**

de pantrigo, llegan á casa de Dª. Sofía, la cual, haciendo de las tripas corazon y viendo eran sus abijados, no pudo menos de recibirlos y obsequiarlos con esquisita amabilidad, hasta con placer, á juzgar por el exterior de su semblante, no muy en armonía con la procesion que en el interior andaba.

Los nóvios, mirando uno para otra, no sabian casi que decir; Dª. Sofía iba y venía por detras de ellos; haciales alguna fineza y obligábalos á que sin melindres bebieran, con lo cual trataba de distraerse á sí misma y alejar de su pensamiento ideas tristes que desde el anterior dia la molestaban; pero Margarita, observándola de soslayo, convenciendose cada vez mas de que no soñaba y juzgándose con valor para explicarse, apurado que hubo una copilla de café, tomó la palabra y, dirigiéndose

á Dª Sofía, dijo con temblorosa voz:

—Creo, señora, que en época, harto lejana ya, V. y yo nos vimos en otro sitio.

—Nada tendría eso de particular; pudo suceder muy bien, respondió Dª Sofía.

—Éramos las dos aún jóvenes y V., por cierto, una señorita linda como un sol.

—Gracias.

—¿Recuerda V. la noche del 11 de mayo de 1852 en casa de Marcelina Arnedo?

¿Recuerda V. que á la puerta de aquella casa, nº 24, calle de Sar, dadas las doce en el reloj de la catedral, llamó V. suavemente y, cubierto el rostro con un velo negro, penetró en el zaguan y, quejándose allí de dolor de parto, trajo Marcelina un colchon y entre ella y yo la ayudamos á dar á luz una robusta niña?

—Los novios no sabían casi á donde volver sus ojos; casi es que; ora los

clavaban en Margarita, admirados de su atrevimiento y revelacion que hacia, ora en Dª Sofía que, pálida y avergonzada, inclinó la cabeza sobre el pecho y muda se quedó como una estátua.

Margarita prosiguió:

—¿Recuerda V. como, antes de que el nuevo dia apareciera, encargó á Marcelina depositara en la inclusa á la recien nacida, cubrió otra vez su rostro con el velo y, tomando la puerta con peligro de su existencia, desapareció en la calle, protegida de las sombras de la noche, á fin de esitar tropiezos?

Dª Sofía seguia callada y gruesas lágrimas caian de sus ojos.

Margarita dijo entonces:

—No es mi ánimo, señora, avergonzar á V., afligir á la protectora de mi adoptivo hijo y su mujer y mucho menos injuriarla ni ofenderla en lo mas

mínimo; es solo dar á conocer á Arminda que, así como por una exigencia del señor cura de esta parroquia vinimos á saber quien es la verdadera madre de mi Indalecio, así tambien por este casual segundo encuentro que entre nosotras dos la Providencia há preparado, vengo yo, labriega miserable, á descubrir la madre, la verdadera madre de Arminda.

Ésta, al oir tal, estremecióse en el asiento que ocupaba y dió un grito, como si la pincháran con alfileres. Indalecio volvió la cabeza hácia ella é hizo ademan de atenderla, creyendo que era un síncope.

Margarita, en tanto, continuó:

——Felicitémonos, señora, de este nuevo descubrimiento y felicítese, sobre todo, Arminda que, desgraciada hasta hoy, como mi adoptivo hijo, y sin noticia alguna de su verdadera madre, la encuentra, al fin, en V., tan buena y que de tanto

podrá servirles en lo adelante.

— Y ¿por donde sabe V. que esa niña que yo dí á luz es Arminda la mujer de Indalecio?, preguntó D.ª Sofía, alzando entonces la cabeza.

— A decirlo iba. Lo sé, señora, pórque el 12, víspera de mi salida de Santiago con Indalecio, á quien, para lactar, cogí en el Hospital, ganando algo, pues soy, repito, una mísera labradora, acompañé á la Marcelina, en cuyo albergue yo posaba y me vió V. la noche del dia 11, acompañéla por la mañana á la Colegiata Real de Sar, donde se bautizó la niña, recibiendo el nombre de Arminda, y juntas volvimos con esta á casa, pues la buena Arnedo, lejos de llevarla á la inclusa, segun ordenára V., prefirió criarla como pudo, teniendola á su lado hasta que murió, en cuya fecha vino á quedar la pobrecilla enteramente desamparada, anduvo errante, pidiendo limos-

na por las calles de la ciudad y fué recogida, al cabo, en el Hospicio. Lo que despues pasó, señora, lo ignoro; pero de ello Sará razon la propia Arminda.

—— Y, mujer, entristece y alegra á un tiempo mi corazon. Nada mas quiero saber ahora de esa negra página de mi vida; bástame y sobra ya con lo referido.

Y dirigiéndose á Arminda, añadió:

—— Arminda, hija de mis entrañas, acércate á mis brazos y logre yo por primera vez estrecharte en ellos.

Arminda corrió mas que de prisa á echarse en brazos de su madre. Besóla esta muchas veces entre lágrimas de puro júbilo y luego dijo:

—— Tu me referirás otro dia que fué de ti en el Hospicio y como de allí viniste á esta parroquia. Por de pronto, tu y tu marido, sin dejar desde hoy mi casa, cuidareis de mis intereses y comeréis juntos á

un mismo mantel y mesa.

——¿Comer con V. á un mismo mantel y mesa! Jamas haré yo eso, madrina, dijo Insalecio. Harto honrado y favorecido me creeré con servir á V.

——Ni yo tampoco, añadió Arminda.

——Si, mil veces si, repuso D.ª Sofía. Quien tuvo valor para mandar se arrojára en la inclusa de un hospital el fruto de sus entrañas, no debe avergonzarse ahora de que á su lado se siente y coma Arminda, por cuyas venas corre mi propia sangre, y, de consiguiente, tambien su marido Insalecio.

——Gracias, gracias, repitieron ambos.

Y continuó D.ª Sofía:

——Comeremos, si, á un mismo mantel y mesa y despues..... despues, si muero en Donas, me cerrareis los ojos.

Margarita y los novios lloraban, llenos de tierno gozo, y la primera qui-

so besar los pies á D.ª Sofía, diciéndole perdonára lo que en su conciencia creyera deber manifestar. D.ª Sofía la alzó del suelo y la abrazó con cariño.

VI.

Indalecio, alegre, como dijimos, con la certificacion del Hospital y que no sentia el dinero gastado en proporcionársela; Indalecio, que casi nunca tuviera dia de verdadera satisfaccion, por ignorar completamente á quien, despues de Dios, debia el ser; Indalecio, que, con mas ó menos orgullo, podia unir ya á su nombre un apellido natural, legítimo y no supletorio, como el de Rey, ó de la Iglesia que suele darse á todo expósito; Indalecio, anheloso de saber si su verdadera madre vivia aún y, caso de vivir, su posicion en la so-

ciedad, siquiera fuese humilde; Indalecio, en fin, habló, sobre el particular con Dª Sofía y le suplicó tuviese á bien escribir al señor cura de Santa María de Luou, por si noticia daba acerca de la existencia y paradero de Narcisa. Dª Sofía aceptó el encargo y sin dilacion escribió por el correo la siguiente carta:

"Sr cura párroco de Sta Mª de Luou:

"Muy señor mio: Una persona á quien aprecio, desea saber si Narcisa Ramirez, natural de S. Juan de Calo y vecina de esa de su digno cargo, existe, ó no y, caso de existir, si está casada ó viuda, tiene ó no tiene hijos, con que elementos cuenta para vivir y mas que V. considere deber participar"

"Dispense V. mi libertad en escribirle sin conocerle, la molestia que esta carta le ocasione, en gracia de una buena obra, y disponga con igual franqueza de la que á sus órdenes queda atenta y se-

gura servidora q.b.s.m.

Sofía de Montalvite."

"Donas 30 de enero de 1832."

A cuya carta contestó el señor cura con esta otra:

"S.ra D.a Sofía de Montalvite"

"S.ta M.a de Luna febrero 3 de 1832"

"Muy señora mia y de mi respeto: En esta de mi cargo reside actualmente Narcisa Ramirez Sanchez, natural de San Juan de Cabo, soltera y con dos hijos, uno, varon en Montevideo, pero casado acá, y una muchacha, que es la que asiste á su madre, enferma hace tiempo. Viven en la mayor miseria, sin recursos de ninguna clase, pues carecen de bienes terrenos en absoluto y, ademas, la Narcisa, como queda dicho, hace años que no puede salir de casa, impidiendo de este modo que la hija gane un jornal, aunque es de muy débil constitu

cion."

"En fin, son las personas que en esta parroquia se hallan en estado mas lamentable y asi cree haber manifestado á V. lo bastante el que con este motivo se pone á sus órdenes y b. s. m.

El párroco"

Asi las cosas y deseando tambien D.ª Sofía que Indalecio fuera á conocer á su verdadera madre, proporcionarle una sorpresa agradable y dejarle hasta un agasajo en dinero, si su pobreza era como decía el señor cura, impulsó á aquel á que cuanto antes lo verificára y dióle una carta de recomendacion para dicho señor, carta de que no precisó usar, segun veremos.

VII.

Una mañana del mes de marzo de

1882 Indalecio, muy de madrugada, de noche aún, montado en yégua blanca de su ama-suegra y embozado en flamante capa, salía de Donas y se dirigía á la parroquia de Narcisa, con ánimo de confesarla y dejarle una limosna. A distancia como de dos kilómetros y atravesando un monte, descubrió una lucecilla; acercóse á ella y, descubriendo tambien un bulto de hombre, acercóse mas y conoció, por el traje, ser el cirujano D.r Remigio, al parecer dormido. Entonces detuvo la yégua y dijo:

—D.r Remigio, ¿no se hiela V. de frío aquí?

D.r Remigio estremecióse al pronto y, alzando la cabeza, contestó:

—¡Ola, Indalecio! ¿Eres tú? Y ¿á donde solo tan de madrugada?

—Que quiere V. Asuntos de familia me obligan á este viaje.

—Pues vete con cuidado, porque dos

nenes acaban de robarme la única alha-
ja que yo estimaba, mi reloj de bolsillo, y
facil es que te sorprendan, si algo lle-
vas que ambicionen.

—— ¡Y tan tranquilo se está V. en este
sitio! ¡Y para mas, con su linterna en
cendida!

—— ¿Porqué no? Lo que tenian que robar-
me, me lo robaron ya. Con que asi.....

Y se encogió de hombros

—— Bendita sea su calma, D.n Remigio.
Quitese V. de ahi y, si la tierra que lle-
va cuadra en mi camino, le acompa-
ñaré.

—— Hombre, voy á visitar á una enferma
en la parroquia de Luou.

—— A esa parroquia misma me dirijo
yo.

—— ¿De veras?

—— De veras.

—— Pues entonces, dijo, levantandose, me-

tiendo debajo del brazo un paraguas, apoyandose con la mano derecha en su baston y tomando con la izquierda su linterna, irémos juntos y en charla. Con eso no nos aburrirémos y marcharémos con mas seguridad; pero no muy de prisa, pórque los años ya me pesan algo.

—— V. irá á caballo.

—— Bueno. Irémos los dos á ratos; mas primero hagamos un cigarro.

Apeóse Indalecio; apagó D.n Benigio su linterna; metióla en un bolsillo; sacó de otro su petaca, llena de tabaco, y, alargandosela á Indalecio, dijo:

—— Accipe, compañero.

Echó aquel tabaco en la palma de su mano izquierda; devolvió la petaca á D.n Benigio, que ejecutó lo mismo; hicieron sus cigarros; encendieronlos en la luz de un fósforo, que sacó Indalecio; dobló éste su capa, aseguróla en

el arzon de la silla, montó en la yégua el cirujano, dió su baston á Indalecio, tendió el paraguas entre la barriga y el arzon y, puestos al camino entrambos, dijo D.n Remigio:

——¿Te acuerdas, Indalecio, de cuando perdiste el revolver y lo encontré yo impensadamente junto á la barca de Sarandon, enredando allí sobre la arena con ese bastoncito que llevas?

——¡Toma si me acuerdo! Y, por cierto, que me harté de correr hasta su casa, tan pronto supe que estaba allí.

——¿Tendrás inconveniente en decirme á que casa vas?

——Ninguno: á casa de Narcisa Ramirez, mi madre, á quien nunca conocí pues, como sabe V, soy expósito; y voy á conocerla, en vista de una carta de su párroco que me dió luz de ella.

——¡Vaya una coincidencia! Á esa mis-

ma casa me dirijo yo, pues la Narcisa pa
dece mucho del hígado y me envió recado
para que fuera á verla.
—Coincidencia es, en efecto, Dn. Bremi
gio, y coincidencia que me viene bien,
pues, suponiendo que no ignorará V. la
casa, me ahorrará, no solo el trabajo de
andar preguntando en la parroquia, sino
hasta hacer uso de recomendacion que mi
ama me dió para el señor cura.
—La sé como tu puedes saber la tuya y
yo la mia; asi es que nada tendrémos que
preguntar. La pobrecilla está en cama im
posibilitada y come por mano de Cecilia,
su hija, que es quien la asiste y cuida, no obs
tante ser ella misma bastante enferma.
—Eso dice el señor cura en su carta.
—Y tu, ¿sigues aún en Donas?
—Si señor, en casa de D.a Sofia
—Bien, hombre, bien. Donas.... Donas...
Recuerdo haber leido en una historia que,

allá por los años de 854, existió en las cercanías de nuestro río Ulla un monasterio de Sueñas, ó señoras nobles, llamado San Biejo Das Donas, cuyas señoras pasaron, mas tarde, al de San Payo de Santiago.

——Será verdad, porque oido tengo á muchos que la casa del señor Néira Dominguez fué levantada sobre las ruinas, ó en el sitio mismo de ese monasterio.

——Varios hubo antiguamente en Monte Ilicino, ó sierra de Pico-Sagro, asi de hombres, como de mujeres, siendo la casa principal de los primeros San Juan d'a Còva, casa floreciente en tiempo del Rey Dn. Bermudo 2º. ¿No fuiste alguna vez á Pico-Sagro?

——Una, el domingo último de mayo, con motivo de la romería que se celebra allí.

——Pues en Pico-Sagro hubo un monasterio de monges benedictinos, fundado por el Obispo de Iria Dn. Sisnando 1º. y cuya

iglesia fué consagrada, bajo la advocacion de San Sebastian, que conserva aún el año de la consagracion de la reformada catedral de Compostela, en tiempo del Rey Dn. Alonso el Magno, año de 899, y monja en uno de los de mujeres fué, á mediados del siglo 10, la Condesa de Présaras Dª Paterna, madre del Obispo, tambien de Iria, Dn. Sisnando 2º., hija de Dn. Gundesindo y Dª. Senior, casada con Dn. Hermeregildo Alostes, sepultada en el átrio de la iglesia de San Julian de Arnois y trasladada en el siglo 16 al interior de la propia iglesia, donde se le dá culto bajo el nombre de Santa Baderna. Hasta la casa, llamada hoy de las Beatas, fué monasterio en la antigüedad, ó lo hubo en el sitio que ella ocupa, á juzgar por ciertas notables piedras que allí se encuentran.

— Dn. Benigno, ¡cuanta historia sabeis!

——¡Cá! Tengo afición y cariño á cuanto se relaciona con mi país. Para saber poco, es necesario estudiar mucho. De lo que nada, ó casi nada, puede hasta ahora rastrear es del Castillo de Cira y Torre de la Barreira y eso que no son de lo mas antiguo, como que datan de los tiempos feudales, en que los grandes señores guerreaban unos contra otros.

——Creo que de esos tiempos feudales poco se sabe en Galicia.

——Feudales, hombre, feudales. Efectivamente, poco se sabe acerca de ellos. Vás á los archivos públicos y, buenas noches cuarta, todo es modernísimo: solo en los de algunas casas señoriales, ó curioso particular, si por gracia te se admite, hallarás tal cual noticia. De la Torre de la Barreira, sita á la margen derecha del arroyo que le dá nombre en los límites de Berres y Riobó y há porcion de años

convertida en ruinas, entre las que subsistían una puerta ojiva y un aljibe, demolidos al fin en 1831, por haber comprado el párroco de Codeso y la viuda de D.n Andres Silva Castro verde toda la piedra en aquel sitio utilizable; de la Torre de la Barreira sábese, sin embargo, yo hé leído al menos, que, en tiempo de los Reyes católicos, ó sea en 1474, era una de las fortalezas del célebre Mariscal Pardo de Cela, casado con D.a Ysabel de Castro, sobrina del Obispo de Mondoñedo D.n Pedro Enriquez, el cual le dió en dote multitud de rentas, señoríos y fortalezas pertenecientes á la mitra, siendo una de ellas el castillo de la Fronseira, sito en Condimil del Valle de oro, partido judicial de Mondoñedo, donde en 17 de Diciembre de 1483 fué agarrotado el Mariscal, preso antes juntamente con su hijo, en casa de Alonso Yañez del Castro de oro. Ello es que las

tal Torre de la Barreira, llamada tambien de los Cambas, ó Churrichaos, pasó á la mitra compostelana y esta fué quien vendió ultimamente la piedra de sus ruinas á las personas que te hé citado.

—— V. es un estuche de antigüedades. Bien se conoce que há leido mucho; pero háblemé V. de otras cosas, pórque yo soy un paleto que nada apenas hé leido.

—— Ya. Pues, como ibamos diciendo, el señor Néira Dominguez tiene una buena granja en Donas. ¿Qué tal, qué tal se vino por allá?

——Señor, como en todas partes; el que no azufra, no coge.

——En mi casa dieron unas dos manos y, creyendo que bastarian, no trajeron para mas; pero la peste, lejos de atajarse, cundió de una manera extraordinaria; enviaron por otra partida

de azufre al Vila y, buenas noches cuarta, ya no le había; así es que la cosecha fué escasa y mala. A ver si me proporcionas unos cuantos bacelos de las mejores castas de esa granja del señor Veira.

——Yo se los pediré y, si no me los niega, como creo no me los negará, cuente V. con ellos.

——Se lo estimaré, porque tengo unos naranjos de pepita junto á la casa y quisiera poner también algunos bacelos de buena uva. Y á propósito de plantas; Indalecio, házme el favor de desgajar un pedazo de aquella que está al pié de ese arroyo. ¿La ves?

——¿Aquella verde de ramitas altas?

——Esa misma y tráemela. Quiero examinarla.

Trájosela inmediatamente y, después de contemplarla un rato, dijo:

——Pertenece á las syngenesias y es el Eupatorio, Eupatorium cannabinum, fa-

milia de las compuestas. Sus raices son fecu lentas, eméticas, resolutivas y diuréticas. Tu no entenderás de estas cosas.

—— Señor, ni pizca.

—— Pues ciertas plantas que en el país nacen espontaneamente debian conocer las los labradores, siquiera no fuese mas que por la utilidad que prestan, aten didas sus virtudes, ó propiedades medi cinales. Con eso harian menos gasto á los boticarios y droguistas, aprove chando lo que el país nos dá de bal de. Por ejemplo, el Chenopodium ambrosioides, Ceñiglo, Té de España, ó hèrba d'eijada, como llamais vosotros.

—— Tiene V. razon; mas, si para conocer las plantas necesitan de esos terminajos que V. acaba de pronunciar, pocos habrá que quieran estudiarlas.

—— Las ciencias se simplifican; y asi co-

mo, para organizaciones débiles, las medicinas se administran en cortas dosis, así también hay compéndios claros y sencillos para los que no están en caso de sondear las profundidades de esas ciencias mismas. Y. sabes que me apearia de buena gana?

— Ahora mismo, si V. gusta.

— Hombre, si; pues me siento helado.

Paró Indalecio; apeóse D.n Remigio y dijo á su acompañante:

— Ponte, ponte tu á caballo, que yo quiero estirar las piernas y calentarme andando

— Noseñor, no; yo llevo los pies calientes y no voy á enfriármelos ahora.

— Entonces, seguiremos los dos á pie.

Tomó D.n Remigio su baston, dió el paraguas á Indalecio, cogió este del ramal la yégua y, empezando los dos á andar, dijo al primero el segundo:

— Yo no sé, D.n Remigio, como, siendo

V. hijo de una casa rica, anda asi tan bagne teado por los caminos, sin reparar en nada.

—— ¿De casa rica? No sé que casa pue da hoy llamarse rica con tanta gabela y contribucion como sobre nosotros pesa. Mi casa no digo que fuese pobre allá en tiem pos; pero en la actualidad no llega cuanto vei ne para sostenerse con decencia y mi oficio poco, ó nada, deja, despues de pagar ma trícula de subsidio y atender á necesida des personales.

—— No hable V. asi, D.n Benigio, que tiene V. mucho partido, mucha parroquia y quien me diera á mi mitad, no mas, de los ahor ros en dinero que dentro de su gaveta estarían quietitos al cabo de tantos años como lleva de profesion ¿eh?

—— Eso, Indalecio, es una herejía. Quita me los pobres, los parientes y amigos, á quie nes nada cobro y total patatas. Cuento al caso: Iendo yo á visitar á cierto en-

fermo de peligro, acercóseme un patan y dijo: "Señor, veñam'á ve-l-a muller, que seigne mòrre*" "No puedo ahora, le contesto; iré á la vuelta; esperándome estan en otra parte y voy de prisa". "Señor, veña por Dios, que seigne mòrre", volvió á decir. Fuí allá, alejándome de mi camino mas de media hora y sudando el quilo, pues hacía un calor insoportable, cuando hé teme aquí que, al entrar en casa, ya la mujer habia parido con toda felicidad. Indigné lo que convenía hacer con la parturienta y, preguntándome, de cumplido por supuesto, cuanto debía, contestéle: "Dos reales" y repone él muy fresco: "Vaya, señor, por'o que lle fijo", como si la molestia de ir en circunstancias tales á su casa, rodeando cerca de media legua, no valiera algo! Así es que, casi enfurecido, al escuchar la salida necia de aquel bárbaro, tomé la puerta y me larguè, sin atrás mirar

*Debe decir: qu'está de parto e seigne mòrre.

siquiera.

—Las diez serían, poco más ó menos, cuando en estos y otros coloquios semejantes descubrieron las primeras casas del lugar. Anduvieron el corto trecho de camino que les restaba y, sin detención ni tropiezo, llegaron á la puerta de la de Narcisa, cuya hija salió á abrir. Mas, como hubiese gentes que desde lejos los vieran y como, en virtud de la primera carta de D.ª Sofía al señor cura, anduviese ya por la parroquia el rumor de que una persona desconocida tenía interés en saber si la tal Narcisa existía y, caso de existir, su paradero, pronto esas gentes mismas dieron en sospechar, en cuchichear unas con otras y hasta no faltó curioso que, so pretexto de visitar á la enferma, entrára también, á poco, en la cocina, para husmearlo y participarlo á los de afuera. Ello es que el lugar se puso todo en movimiento, en todas par-

tes había corrillos y, mientras Indalecio ataba la yegua á un rodrigon de viña y D.n Benigio evacuaba diligencia personalísima, cada cual no quitaba ojos de los forasteros. Dentro de casa ya, D.n Benigio, acercándose á la enferma, acostada al pié del hogar en cama buena y bien aseada, sentóse sobre una esquina de esta; Indalecio, en un medio desvencijado taburete que le presentó Cecilia y el cirujano, despues de tomar el pulso á Narcisa é inspeccionar su lengua, dijo:

—Es preciso alimentarse, pues ese pulso está muy débil y calentura no hay.

Dirigiéndose luego á Cecilia, preguntó:

—¿Qué há comido hoy?

—Sopas de nata, señor, que le gustan mucho.

—Bueno, bueno. Y, ¿deseareis saber quien es este mozo que viene aquí conmigo?, se

ñalando á Indalecio.

——Mucho, contestó Cecilia.

É Indalecio, que callado estaba, dejó entonces su asiento, adelantóse hácia su madre y, tomando la palabra, díjole:

——¿No echó V. de menos, señora, la falta de algun hijo?

——¡Ah! sí. Dos me faltan, dos que abandoné y quizá muriesen, ó anden pŏr el mundo Dios sabe de que manera.

——¿Uno de ellos, Indalecio, nacido en el Hospital de Santiago y sala de Santa Ana el 2 de mayo de 1852?

——Sí, sí.

——Pues ese Indalecio, ese hijo, de quien ni entonces, ni despues se cuidó V. y honrados labradores criaron, educaron y mantuvieron en su compañía hasta la edad de veintiun años en que, soldado de la patria, tuvo que dejarlos y sufrir penalidades de la guerra hasta mediados

de 1876; ese Indalecio, ese hijo, señora, aquí le tiene V. sano, salvo y casado ya.

La madre, llorando entonces como una Magdalena, echó los brazos fuera de la cama, alargóselos á su hijo y, besándole, estrechándole tiernamente y largo rato contra su seno, no cesaba de exclamar:

—¡Hijo mio!, ¡Mi querido hijo! Perdoná me, hijo mio, si, loca de mi, te abandoné.

Cecilia lloraba tambien al lado de Indalecio y, echando las manos al cuello de este, exclamó á su vez:

—¡Hermano mio....! Madre mia, ¡qué dia hoy tan feliz para nosotras!

D.n Remigio, arrasados en lágrimas los ojos, limpióselos con su pañuelo oscuro de bolsillo y dijo:

—Basta, basta, de enternecimientos, pues no conviene que la enferma se sensibilice demasiado.

Y, sacando luego de petaca y

alargándosela á Indalecio, añadió:

—— Acepe, camarada.

Cogió Indalecio la petaca, echó tabaco, volvióselá á D.n Remigio, echó este tambien tabaco y, arreglado que hubieron sus cigarros, encendiéronlos y empezaron á fumar, sentándose D.n Remigio en tosco banco de madera, que vió junto á la artesa de la cocina, en tanto que Indalecio, allegándose nuevamente á su madre, le preguntaba, con aquella amabilidad en él tan característica:

—— Y diga V., madre mia, ¿no podré yo saber quien es mi padre?

Narcisa, blanca como el papel y de facciones que revelaban lo buena moza que debió haber sido en su juventud, ruborizóse un poco y contestó:

—— Ruega á Dios por él, hijo mio, y, si el Señor no le perdonó aun, que le perdone, como yo le perdoné y tu á mi per-

donarás. ¿Verdad, hijo, que me perdonas?

—Sí, madre; pero, nada recibió V. de él, nada le confió, referente á mí?

—Nada, nada. Está juzgado y, por mi parte, le dejo en paz.

Durante este pequeño diálogo entre Indalecio y su madre, salió Cecilia y esparció por la vecindad la grata nueva de haber llegado uno de los hijos de Narcisa; á poco, entró Diego, hermano de esta, el cual llevó al punto la yegua para una cuadra de su casa, vinieron, ademas, vecinos, deseosos de saludar al encontrado hijo y felicitar á su madre, á quien todos estimaban en la parroquia, y, por último, regresó Cecilia con vino, jamon y pan, que trajo de la taberna, á fin de obsequiar á Indalecio, su medio hermano, y á D.n Remigio. éstos querian marchar aquel dia mismo, mas, como empezase á llover, ni Narcisa, ni Cecilia lo consintieron: los vecinos fueron reti-

randose y solo Diego se há quedado. Entonces Cecilia puso á la lumbre la sarten, hizo al momento una gran tortilla con ricas lonjas de jamon, tendió sobre la artesa un mantel sin estrenar, presentó allí en blanco plato la tortilla, el vino, en un botellon, lavó vasos y, rogando á su tio cortase pan, diéronse á comer los tres, con tan buen apetito, que limpio dejaron el plato de la tortilla y vacío casi el botellon. Narcisa tomó una sopa en vino, que le sirvió su hijo, y Cecilia, solo un cacho de tortilla, que le sirvió tambien su medio hermano, despues de lo cual y, alegrándose, asi Indalecio, como Dn. Remigio, de no haber marchado, por la mucha lluvia que caia, estuvieron, fumando los hombres, y, en conversacion familiar todos, hasta el anochecer, hora en que Diego se retiró á su casa, llevando consigo á los forasteros, pues en la de Narcisa no habia comodidad bastante para alo-

jarlos. Y, mientras en casa de Diego charlan, cenan y duermen D.r Benigio é Indalecio, digamos algo, acerca del primero, tipo especial de cirujanos, providencia de muchos enfermos desvalidos.

VIII.

D.r Benigio, único cirujano hoy en el dilatado valle del Ulla, es un solteron de 66 años, honrado á carta cabal; estatura regular; calvo; ojos castaños; nariz un tanto aguileña; barba canosa; rostro enjuto; color trigueño y genio vivo, siquiera en su conversacion y familiar trato se observen calmosidad, divagaciones y charla interminables; pues, empezando á referir cuentos, ó lo que sea, repite cuatro, ó cinco, veces muchas de sus palabras, salta de cosa en cosa, venga, ó no venga, á pelo y dejando

casi en ayunas al que le escucha. Hombre de
nada vulgares conocimientos, ansia saber
de todo algo, sin reparar en dificultades;
proyecta y emprende obras, de las que se
cansa luego; vá á donde lo llaman, cerca,
ó lejos, y siempre á pié, ora de dia, ora
de noche, esté bueno, ó malo, el tiempo,
de frio, ó de calor; cobra lo que le dan,
á veces, menos y á veces, socorriendo á
los mismos á quienes visita, si son po-
bres desvalidos; pasa dias sin apenas to-
mar bocado y duerme, asi en regalado le
cho, como encima de un monton de he
no, ó sobre tosco banco junto al mas hu
milde hogar, si no es en campo raso al
pié de un árbol. Intachable en su con
ducta, confiésase muy á menudo, lleva
consigo á la continua uno, ó mas, escapu
larios, especialmente el del Carmen, de
cuya Hermandad es cofrade; reza su
rosario, ó rosarios, por los caminos, cuan

do va solo, y guia el Via-crucis en su parroquia los Domingos de Cuaresma, cosas todas que le recomiendan entre los buenos, por mas que otros las critiquen y califiquen de rarezas. Pero Dr. Remigio, en medio de eso, tiene, con efecto, rarezas verdaderas é inexplicables, sobre todo en el vestir; pues, de ordinario, ó casi siempre, anda con un pantalon de Tarazona, rasgado, ó descosido, á veces; gaban, ó chaqueta, viejos, en que lleva su tintero de asta, cartera con instrumentos de cirujia y cuartillas de papel en blanco, para recetas; Montecristo azul, lleno de pingajos y remiendos de diferentes colores, en uno de sus bolsillos guarda la linterna, en otro, el pañuelo de las narices y pastillas de chocolate, envueltas en alguna hoja de periódico y á prevencion para su sustento, si el hambre obliga; sombrero de copa baja y ala larga, mugriento interior y exteriormente desde la cinta de esta

hasta la coronilla de aguelta; zuecos mayúsculos, en invierno; zapatones, mas que tronados, en verano; bajo el brazo, gran paraguas de algodon descolorido, por si amenaza lluvia, ó calienta demasiado el sol; y, finalmente, un lustroso palo de espino en la mano, para apoyarse y defenderse de los perros.

¿Será que D.ª Remigio, pudiendo, como puede, vestir con mas decencia, quiera, por espíritu de mortificacion y á fin de sofocar toda vanidad, andar andrajosamente? ¿Será por conveniencia propia, porque, entrando, como entra, en muchas viviendas míseras, no tiene así recelo de que su ropa se destruya, ó ensucie? ¿Será, acaso, que, persuadido él mismo de que, si andrajoso anda, es porque se le antoja y echándola de despreocupado, quiere, á su vez, reirse de los que se rien de él? Dios y D.ª Remigio

lo sabrán; nosotros, que con placer la salu
damos y atenciones debimos, cuando en no-
ches de recio hielo, á fines de 1831, venía á
nuestra casa, con motivo de enferma á su
cuidado, y siempre que de regalo nos traía,
ora manojos de flor de Árnica, cogida por
él en ciertas brañas, ó campos cenagosos,
ora ejemplares tiernos de Acanto, ó Bran
cursina, Tuya aurea y otras plantas que
este hombre curioso, servicial y honra
dísimo se proporcionaba en sus diarias
caminatas por todos los lugares del con
torno; nosotros, sobre el particular,
nada sirvemos; pero lo cierto es que
nunca su familia, ni sus amigos logra
ron hacerle mejorar de traje, lo cual
dá á entender que oculta razon, causa
poderosa existe y le obliga á andar así*

IX.

Solas Dª Sofía y Arminda la noche

* Murió el 27 de mayo de 1886.

que Indalecio pasó en Luou, á causa de la lluvia, hija y madre no se separaban; Dª Sofía, prendada de la bondad, perspicacia y donosura de Arminda; esta, envidiosa casi con aquella y no queriendo dejar, empero, su rico traje de labradora, ya porque la falta de esmerada educacion no desmintiera los atavíos de señora, ya por no disgustar á su marido, que tampoco quiso dejar el suyo. Solas, pues, decimos esa noche, rezaron su rosario en el comedor y, sentadas luego ambas en torno de cuadrilonga mesa, iluminada por un quinqué, Arminda, con su rueca á la cintura y Dª Sofía, en la mano la calceta, habló la segunda á la primera así:

—— Muy callada estás, hija mía, y bien pudieras contarme ahora algo de la historia de tu vida desde que en el Hospicio te dejó Margarita.

—Sí; pero vá V. á dormirse, madre mia. ¡Tiene tan poco que saber!

—¡Dormirme, dices, tratándose de cosa referente á tí! No hables, hija mia, de esa manera, porque remuevas en mi corazon una llaga que yo quería ir curando poco á poco.

—No era ese el sentido de mis palabras y perdone V. si hé hablado mal, ó no hé sabido explicarme.

—Vamos, vamos; déjate de perdones y empieza ya.

—Recogida en aquel asilo de Beneficencia, vino cierto dia, que no recuerdo, á visitarle una señora noble y virtuosísima, la señorita de Guimarans, acompañada de su capellan.

—La señorita Carmen Varela Abraldes, hija de los señores Marqueses de Monroy, cuyo palacio descuella ahí en la falda de Pico-Sagro y en cuya morada

solía pasar los meses de verano, querida de todo el mundo, por su amabilidad no fingida, su gracia, su talento, su sencillez en el vestir y, sobre todo, por su caridad inagotable.

—— Sí, madre mia; la misma.

—— Conocíla: era un modelo de señoras solteras y, no sin fundamento, dicen algunos que, cuando hace años murió en Santiago, fué en olor de santidad.(1) Recémos, sin embargo, aquí por ella y, si no lo necesitase, tal vez nuestras oraciones harán que pida á Dios por nosotras.

Y rezaron un Padre Nuestro y una Ave-María. Luego, prosiguió Arminda:

—— Visitando, pues, esa noble señorita nuestro establecimiento, al que dejó una gran limosna, yo no sé que notó en mí, ó en que pudo chocarle mi persona, que se me acercó, preguntó mi nombre,

(1) Dióse le sepultura en el cementerio de la V. O. T. de San Francisco y en 30 de octubre de 1888 fueron trasladadas sus cenizas al panteon de

pidióme allí alguna doctrina cristiana y, por último, me llevó consigo para su casa en la Rua del Villar, n.º 89.

—Tu entonces debías ser muy niña, pórque, si la memoria no me es infiel, creo que en 1859 no existía ya la señorita.

—Tan niña, que ocho serían mis años, á lo mas.

—Y niña así ¿qué hacías, ó de qué servías á la señorita?

—Iba con ella á misa todos los días á la catedral y, como era algo cojita, llevábale una silleta en que se sentaba allí.

—Y ¿después?

—Después, serviala en algunas ligeras cosas que no debera dado hacer y podía yo, sin molestar á la cocinera, ni al criado; pues jamas quiso la señorita tener doncellas. Vestía modestamente, como V. sabe y decía con frecuencia debíamos mortificarnos, conocer lo que en realidad somos y reprimir familias que se halla en la Puerta Santa de la Basílica compostelana.

mir nuestra vanidad, nuestra sobervia, si hemos de agradar á Dios y merecer el cielo. Repasaba, ademas, á su lado la Doctrina y oíala leer tambien, sobre todo los Domingos, algunos parrafitos de un libro titulado *La mujer cristiana*.

——Tengo noticias de ese libro.

——¡Si viera V. un paño de caliz que en cierta ocasion bordó! ¡era lo que habia que admirar. Pues no digo nada en la música! Paréceme que aun le estoy oyendo una tocata triste, á que llamaba *Último aliento*, ó *pensamiento*, no recuerdo bien.

——Sí; el *Último pensamiento* de Weber, especie de vals muy celebrado entonces.

——Jamas olvidaré cuanto de mí cuidó. Pero, como lo bueno dura poco, la señorita no tardó en morir y yo hubiera vuelto á quedar enteramente desamparada, si mi capellan, olvidando lo que muy

recomendado le dejó, no me proporcionará otra casa, buena tambien, mas no tanto como la que acababa de perder. Pasé allí unos siete años, al cabo de los cuales, cansada ya de ciudad y conociendo el riesgo que en tales centros de desmoralizacion corren las criadas de servicio jóvenes, me decidí por la aldea. Traté, sobre el particular, con una mujer amiga mia, de esta parroquia, y ella fué la que me buscó los amos que hé dejado ahora, para casarme. Yhé ahí, madre, mis pasos desde el Hospicio.

—Recuérdalos con frecuencia en tu interior y, si algun dia la prosperidad te halaga, no te engreirás.

X.

El hermano de Narcisa, labrador

de unos cuarenta y tantos años, regularmente acomodado, francote y hablador, luego que introducido hubo en su casa á D.n Benigio y á Indalecio, mandó dar cebada y tratar bien á la yegua que estos llevaban; subieron seguidamente á una espaciosa bonita habitacion, en la cual mandó tambien preparar dos camas del modo mejor posible; trajo él mismo luz; acto continuo, una jarra blanca llena de buen tinto del Ribero; en un plato, vasos; puso todo encima de un bufete, echó vino en aquellos, bebieron todos tres y, sentándose en un banco de respaldo cerca del bufete, empezaron á hablar de cosas indiferentes. D.n Benigio era el que mas hablaba; sinembargo, no tardó mucho en bostezar, la cabeza en inclinársele hácia el pecho y el sombrero en desprendérsele de la cabeza hasta que, por fin, se le cayó al suelo. Morfeo pesaba ya sema-

siado sobre sus párpados y, advirtiéndolo Diego, trató de que el rosario se rezára; guió lo él mismo y, terminado, hizo servir la cena inmediatamente. D.n Benigio cenó muy poco y fuese pronto á acostar. Indalecio, al contrario, cenó bien y, menos rendido de sueño que su compañero de viaje, charlaba con su tio, no sin dirigirle algunas preguntas, mas ó menos intencionadas, relativamente á Narcisa é hijos naturales de esta. Notando ambos que D.n Benigio roncaba, profundamente dormido, acercóse Diego á Indalecio y dijo:

——Mi hermana Narcisa, arrogante moza in tiempo, de mucho atractivo é insinuante, única cosa que mas la extravió, fuso de un mismo sugeto, que ya no existe, como oido hás de su boca, á ti y á otro, hoy en Montevideo, pero casado en esta y con hijos. Mañana conocerás á su mujer. De tu padre no quiere mi herma

na que le hablen y, si le hablan, se disgusta, por el villano porte que con ella tuvo, despues que en dos ocasiones la engañó, y ambas en Santiago; una, hallándose de sirvienta en la fonda, ó Parador, de San Miguel; otra, de sirvienta igualmente en la posada de la Bilbaina. Yo, sin embargo, voy á hablarte de él, pórque, siquiera poco en limpio saques, comprendo tu natural curiosidad y justo es satisfacerla. Hijo del mismo Santiago, estudiante en aquella Universidad, pero estudiante de solo nombre, pues era un calavera destemplado que en todo pensaba menos en aplicarse á los libros, dejó en 1855 los estudios y, optando por la milicia, entró en ella con grado de Oficial, merced al influjo de su familia; consiguió luego el de Teniente Capitan y, por último, el de Capitan efectivo en Africa, donde en 1860 murió soltero, de

gun leímos en los periódicos, con motivo de aquella guerra.

En esta parroquia, y de un labrador nada rico, tuvo, ademas, otro hijo y á Cecilia que ya conoces y es quien cuida de su madre; pues el hijo, abandonado, como tu, á la caridad pública; ignoramos que es de él, si vive, ó no.

—¡Pobre, madre mia!, exclamó Indalecio.

Diego continuó:

—Narcisa, por mas que sus padres no fueran pobres, habiendo venido muy á menos, á consecuencia de ciertos pleitos que sostuvieron, nada há llegado á heredar y, aunque el hijo de Montevideo algo le remite de vez en cuando por conducto de su mujer, esta, zalamera y mas que zalamera, ambiciosa, nunca, ó casi nunca, entrega lo que le envia sin que sirse parte. De suerte que mi hermana es en la actualidad la mujer mas pobre de la parroquia; como

hás visto, está imposibilitada y, si no fuera el apoyo que halla hoy en esa Cecilia y el trabajo de la misma en hierros, seguramente que ya no existiría, ó tendría yo que cargar con ella.

El hijo, ausente ahora en Montevideo, tiene corazon bellísimo y, como tu y él descendeis de un mismo padre, tal vez que, si te hallaras soltero, te llevase á su lado; pues sábete que está muy bien y acaso, acaso, te enviase dinero para el barco.

—— Tio, escríbale V. lo ocurrido hoy en casa de mi madre; que, si mi hermano es tan bueno como V. dice y mi mujer consiente, yo de linda gana marcharia al lado de él. A bien que, aunque mi mujer consienta, su madre, á quien mil favores debo y mas deberé, quizá, mañana, se disgustaria y, ante esta consideracion, su gusto es mi so-

luntad.

—Sinembargo, yo le escribiré lo ocurrido y, de lo que conteste, tendrás noticia

—Bien, bien, tio.

—Ahora, vámonos á dormir, que tu estás cayéndote y á mi parece tentarme tambien el sueño.

Y, alzandose del asiento, añadió:

—Con que asi, á dormir. Buenas noches.

—Buenas noches, tio. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Fuese é Indalecio, desnudándose á toda prisa, apagó la luz y se metió en cama.

El siguiente dia madrugaron todos, Dn Benigio el primero. Bajó á la cocina, sentóse trás de la lumbre y, sacando del bolsillo una de sus pastillas de chocolate, hízosele este al momento y la tomó, echándose en seguida al cinto un gran vaso de agua fresca; despues, encendió un cigarro y púsose á charlar con la mujer de Diego.

Este, marchó á visitar sus bueyes y darles de comer; Indalecio, á ver si comia la yégua y aparejarla para la salida. Los dos últimos fueron luego á casa de la mujer del montevideano, la cual los obsequió con rosquillas y no sabemos que clase de mistela, ó de licor; tornaron acto continuo á casa; almorzaron de sarten; pasaron los tres á la de Narcisa y, despidiéndose Indalecio allí de ella y de Cecilia, con lágrimas y abrazos repetidos entre madre é hijo, hermana y hermano, este dejó á su madre una friolera en metálico. D.n Remigio abrazó á Diego, y abrazóle tambien Indalecio y, corriendo el último á buscar la yégua, retiróse, en fin, á pié con el cirujano, poniéndose á caballo, á ratos, en el camino, uno el uno, otro el otro, hasta Maregue, en cuyo punto se separaron y cogió cada cual hácia su respectivo domicilio.

XI.

Dª. Sofía y Arminda, luego que Indalecio recogió la yegua y entró en casa, derhácianse en preguntas, acerca de la entrevista, que suponían, y no sin razon, tiernísima, entre su madre Narcisa, Cecilia y él. Contóles muy por menor lo que saben ya nuestros lectores y las alegró, especialmente lo que á Indalecio revelára Diego y no quisiera revelar su hermana; pues, si bien el hijo natural de esta nunca podria acreditar la nobleza de su paterna sangre, servíales de interior satisfaccion ver que lo revelado, mejorando la condicion de Indalecio, venía á igualarla, á su vez, con la ya mejorada de Arminda; asi es que Dª. Sofía, fijando los ojos en aquel, no pudo menos de esclamar: "¡Si bien me figuraba yo que debias ser hijo de algun Marques!"

Pero, al referir lo que tio y sobrino hablaron, relativamente á ir á Montevideo Indalecio, dijo al instante Arminda:

—— Nó, no; por mi parte, querido Indalecio, nunca para eso te daré licencia. Vosotros los hombres lo que quereis es casar, abandonar luego á las mujeres, que carguen estas con lo que venga y, al propio tiempo, que os sean fieles. Nó, no, repito. Para eso, marchar antes de contraer lazos indisolubles. O ¿somos carne de perro las mujeres, para que se nos trate y engañe de tal manera? Nó, no, vuelvo á repetir.

—— Ni yo tampoco lo aconsejo, añadió D.ª Sofía. Arminda tiene razon muchísima en lo que dice. Ademas, para uno que haga suerte, Dios sabe si por buenos, ó malos, medios, hijo mio, ¡cuantos allí, pereciendo de miseria, que quisieran volver á su pais y no

lo hacen por falta de recursos!. Cuantos corrompidos, ó extraviados!. Cuantos hijos de familia, despues de olvidar allá lo poco bueno que sus padres acá les enseñaron, tornan á la madre patria, ó á su hogar, mas decentes de lo que fueron, si, mas púleros en su lenguaje, mas finos, en una palabra, pero descreidos, secos sus corazones, haciendo alarde de impiedad y sembrando entre sus convecinos las mas perversas doctrinas, la podredumbre de esos mismos corazones y hasta, quizá, infames libros!. Ah! si; y preciso es confesar que, sea cualquiera el porvenir que á nuestra patria depare la Providencia, Galicia, de cuarenta años acá, viene experimentando, asi en sus costumbres, como en todo lo demas, cambios radicales que, si por una parte, le dan lustre y nombradia, agrandan sus conocimien-

tos y colocan al nivel de las mas adelantadas provincias de España, matan, por otra, sus venerandas tradiciones, la sencillez de su caracter, su dialecto, su campestre música, sus distracciones inocentes y cuanto, en fin, hacia las delicias de nuestros mayores. Quisiera equivocarme, pero tengo para conmigo que muchos de los males, muchos de los delitos que actualmente vemos y deploramos en nuestras aldeas vienen de esa maldita emigracion á Cádiz, Montevideo y la Habana, de ese furor de ir á tentar fortuna, como se dice, y que, prescindiendo aún de lo indicado, priva de muchos brazos á la agricultura, harto disminuidos por la contribucion de sangre que tanta juventud nos lleva, entretiene y, en caso de guerra, nos destroza. Nuestros campesinos trabajan mucho, comen mezquinamente y, como la

agricultura, tal cual la cosa pública se vá poniendo, aniquila al labrador, nadie quiere en el dia trabajar acá y si marchar afuera, para, con mas ó menos molestia, comer y vestir mejor, sin pensar en mujer, hijos, contribuciones, cofradías, pedanía de parroquia, celaduría de lugar, ni otras mil cargas y gabelas que la abruman.

En Montevideo, pues, ¿qué ibas á adelantar, hijo mio? ¿Te falta algo en mi casa? ¿Recelas, tal vez, que os eche de ella?

— No por cierto, señora; ingrato, muy ingrato sería yo si tal pensára, aunque bien podria suceder que V. se cansára de favorecernos y entonces.....

— Nada, nada, hijos mios; ya os hé dicho que vuestra morada es esta, que en ella cuidareis de mis intereses todos. Tu, Erminda, serás mi heredera uni-

versal. ¿Quereis mas?

—Lo que en este momento querriamos, contestaron ambos, sería besar á V. los pies; pero el mundo, añadió Indalecio, dá muchas vueltas, señora y, mañana, ó pasado, que V. falte, si nosotros no faltamos antes, vendrán parientes de V., nos arrojarán de casa y pedirán cuentas.

—Mis parientes son muy remotos; no tengo mas descendiente que Arminda; esta es mi natural, mi legítima heredera y, para que ninguna duda haya acerca de esto, consignado lo dejaré en mi testamento. Bien so otorgarlo luego; él asegurará vuestro porvenir y será vuestro mejor Montevideo.

—De esa manera, señora, ¡qué mayor felicidad, acá en la tierra, para nosotros!

—Pues á mi igual me es testar un dia que otro. Conozco que estas cosas deben hacerse en tiempo y buena salud; de

consiguiente, á vuestra disposicion me teneis y, cuando se os antoje, llamaré al notario

— Madrina, volvieron á contestar ambos, cuando V. quiera; pues, en esto, como en todo, V. es quien dispone y manda.

— Bien; ya procuraré sea lo mas antes posible.

Y D.ª Sofia, cumpliendo lo ofrecido, otorgó, á poco, su testamento de la manera que habia indicado, asistiendo á su lectura Arminda e Indalecio, quienes, con lágrimas en los ojos, no cesaban de dar gracias á su bienhechora que asi sabia reparar faltas y abandonos de una época que sus protegidos apenas recordaban ya y ella no podia alejar de su pensamiento. Tanto es lo que el delito escarece en un corazon no maleado y tanta la bondad del Señor que grandiosamente recompensa hasta las acciones mas pequeñas de los que andan sus cami

nos.....! Pero volvamos á casa de Narcisa Ramirez, casa donde nuevas escenas ocurrieron la noche misma que el yerno de Dª Sofia regresó á Donas.

XII.

A la hora, poco mas ó menos, que Dn Benigio é Indaleció llegaban á sus respectivos domicilios, un hombre casi ciego, acompañado de lazarillo; aquel, con anteojos verdes, tocando mal afinado violin; este, mas sonajas y llevando al cuello especie de alforjita de estopilla, provista de algunos mendrugos de pan, cantaban á la puerta de Narcisa la siguiente copla:

"Ojos mios, no lloreis;
Lágrimas, tened paciencia,
Que el que há de ser desgraciado

Desde la cuna ya empieza."

Salió Cecilia á ver y, viendo á la joven el lazarillo, dijo al instante:

—Una limosna, señora, por amor de Dios á este pobrecito casi ciego.

—Dios los socorra, hermanos, pues mi madre y yo somos tambien muy pobres, tanto, que ni aún es nuestra esta casa en que vivimos.

—¿No tendrán, siquiera, donde albergárnos esta noche?, preguntó el casi ciego.

—No, no tenemos y ya dije que somos tambien muy pobres.

—En cualquier sitio nos acomodarémos, señora; y Dios se lo premiará, dijo el lazarillo.

—Vayan, váyanse; no sean pesados, que, si pudiéramos, albergue se les daría.

—¡Como há de ser!, exclamó el del violin. Paciencia.

Y, dirigiéndose al lazarillo, añadió:

—Vamos, chico, vámonos, y Dios se compadezca de nosotros.

Cecilia, viendo que se marchaban, sintió como interior remordimiento; compadeciose de ellos y dijo:

—Vuelvan, vuelvan acá.

—Gracias, señora, por su buena obra, contestó el casi ciego, y sea ella una de las primeras con que se halle en el cielo.

Abrió Cecilia entonces la puerta, entraron en la cocina, dieron las buenas noches á la enferma Narcisa, metió el hombre su violin en la funda, colgósele en un clavo de madera el zarillo, metió este las zinajas y la alforjita debajo de la cama de aquella, púsoles Cecilia un banquito tras de la lumbre, para que se sentáran, sentáronse y, sentándose tambien la joven en una de las piedras del hogar, dijo:

— Vendrán VV. de Santiago
— Si, señora, respondió el casi ciego; allí es nuestra residencia.
— Y este niño, señalando al lazarillo, será hijo de V.
— El único que tengo hoy; pues una niña que tuve se me murió y, de parto á poco, tambien mi esposa. Por manera que, ó en Santiago por las calles, ó recorriendo villas y aldeas, como ahora, solos andamos este chico y yo, ganando alguna cosa para vivir, y eso que Darío, donde V. le ve así chiquito, es un pillastre, si los hay.
— No, padre, que yo bien obedezco á V. y jamas de su lado me separo.
— La cara es de bondad, dijo Cecilia; no sé si engañará.
— No, señora, no engaña, respondió Darío. Y si que habla bien y, al salir de aquí mañana, tengo de echarle una copla que ya, ya.

—A ver si me la dices ahora mismo, pero sin cantar, nada mas que recitada.

—Eso no, porque, si se la digo ahora, mañana no tendria gracia.

—Veremos, pues, si te acuerdas y es bonita.

—De las mejores de mi repertorio.. No que no, habiéndonos dado V. posada y esta lumbrita que parece pone á uno en disposicion de cenar!

—El caldito pronto estará caliente.

—Sí, señora; bien le siento hervir y pancito, si V. no tiene, traemos ahí nosotros en la alforja. No sé si los ratones me irán á él; pero no, que en las casas de los pobres, dicen, que no hay ratones.

—Todos cenarémos luego; mas, antes, hay que rezar el rosario. ¿Sabes rezarlo?

—Y tambien guiarlo, señora. No dice, sino yo, lo guia en casa.

— Vamos á rezar, pues, y veremos como lo guias despacio y con devocion.

— Ya será V.

Embelesado el padre de Darío con el anterior diálogo entre su hijo y Cecilia, calentábase pies y manos, limpiaba sus anteojos y no decia una palabra; pero, al tratarse de rezar, levantóse, sacó de un bolsillo su rosario con varias medallas grandes, alargóselo á Darío, hicieron todos la señal de la cruz, empezó á guiar el niño y, tan bien guió, que, al terminar, dijo Cecilia:

— Lo hiciste perfectamente y, así, tengo de daros, en vez de caldo solo, pan y caldo y poneros, aunque sea ahí tras de la puerta, una camita, para que descanseis, bien que humildísima, porque ya ves lo que hay aquí. Pero enseñame ese rosa

rio de tantas medallas: soy aficionada á ellas y mi madre tiene tambien muchas en su corona.

Dióle al instante el rosario, acercóse Cecilia al candil, examinó detenidamente las medallas y, notando entre ellas una partida como á la mitad, dijo al muchacho:

——Lastima de os haya partido esta de cobre y romana! ¿Sabes de que santos, ó santas, es?

—— Nó, señora: siempre la ví así en el rosario. Pregunté muchas veces á mi padre porqué no la quitaba de entre las demas, ó no la reemplazaba con otra, y nunca me lo dijo, ni quiso reemplazarla: él solo sabrá porqué. Pregúnteselo V., señora: quizá sea mas afortunada que yo.

Preguntóselo Cecilia, con efecto, alargándole el rosario. Cogió el hom-

bre con el dedo pulgar é índice la media medalla, dejó caer á un lado las enteras y, fijándose en la incompleta, dijo:

—Yo, señora, soy un desgraciado expósito de la inclusa del Hospital de Santiago y, siendo los que de allí me sacaron, para lactarme, que en la fajita que llevaba puesta iba esta parte de medalla, me la entregaron, luego que fuí ya grande, colocándola yo en este rosario que siempre me acompaña, por si algun dia logro, á medio de ella, venir en conocimiento de á quienes debo mi existencia. Serví á la patria en Ultramar; anduve arriba y abajo por el mundo; pasé muchísimos trabajos; tuve las desgracias de familia que hé indicado; y ultimamente, las viruelas, que casi me dejaron del todo ciego, y ando ahora por varios pueblos; mas sin haber conseguido aún

venir en tal conocimiento.

——Ni creo lo consiga, si, para ello, no cuenta con mas medios que esa parte de medalla que tiene ahi.

——¡Si yo pudiera averiguar en poder de quien estaba la otra parte, el resto de esta medalla!

Cecilia notó un salto en su corazon, recordando haber visto como mitad de una en cierta cajita de su madre, mitad que esta tenia muy envuelta en papel atado con hilo negro, reconocia de cuando en cuando y besaba con efusion; salto significativo para ella, tanto mas, cuanto, habiendo preguntado una vez la misma Cecilia á su madre porqué hacia aquello, su madre la contestó: "Porque el resto de esta medalla la llevó un niño, que no sé si es vivo, ó muerto" Esto, no obstante, Cecilia, volviendo la cabeza á su madre, di

jo:

— Recuerdo, madre, que en una cajita de carton tenía V. guardada parte de una medalla.

— Si y ¿qué?, preguntó Narcisa.

— Que, si en busca de ella me permitiera ir, haríamos aquí una prueba que, tal vez, convenga á este hombre y nada cuesta.

— Pues vé; déjala luego como estaba y pon en su sitio la cajita.

Trajo Cecilia esta; halló al instante el papel atado, desatóle, abrióle, cogió la parte de medalla que estaba allí y, aplicándola á la del rosario, vieron el hombre y ella, ambos con sorpresa y el hombre acercándose cuanto le era dable al candil, que los dos fragmentos unían perfectamente é, imaginándose el casi ciego ser partes de un mismo todo, exclamó:

—¡Gracias, Señor, que oisteis mis súplicas, pues sé quien es mi madre! Ella, solo ella, podia tener interés en conservar ese resto de medalla, ese fragmento de cobre que hé hallado aquí, alhaja insignificante, sin mas valor que el de un recuerdo. No hay duda; esta mujer, al lado de cuyo lecho estoy hablando, es mi madre y mi hermana, la que de esta casa, hace un rato, me despedia sin limosna. ¿Dudarán ellas? ¿Creerán, acaso, invencion mia lo que referí, acerca de la parte que llevo en mi rosario? No, no, Dios mio; no es posible.

Cecilia, latiéndole mas y mas el corazon y dirigiéndose al casi ciego, dijo:

—¿Mi hermano?

—Si, señora; su hermano. ¿Duda V. aun?

Narcisa, que atencion pusie

ra á cuanto su hija y el casi ciego hablaban, alzó la cabeza entonces y, volviéndola hácia ellos, preguntó:

—— Cecilia, hija mia, ¿ qué hablais ahí? Quisiera oiros y apenas oigo mas que tal cual palabra.

—— Dice este hombre, contestó Cecilia, que él es hijo de V. y, de consiguiente, que yo soy su hermana.

—— ¡ Mi hijo.? ¿ Como lo sabe él.?

—— Porque la parte de medalla que V. me permitió traer ajusta, tan exactamente en la de su rosario, que, no soltando las dos mitades, apenas se conoce por donde la medalla fué partida.

—— ¿ Que dice la medalla así unida.?

Miróla Cecilia por uno y otro lado, sin separar las piezas, y respondió inmediatamente:

—— S. Maria. La Bretana. O. P. N. en una cara y S. Joseph., en otra.

—¿Leiste bien, Cecilia? ¿Estás segura de lo que dices?

—Segurísima.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! Entonces esa media que falta así mismo es la que yo misma mandé partir, cuando para la inclusa fué tu hermano, llevando este un pedazo de ella y quedándome á mi el otro, por lo que importara. ¡Dios mio! ¿Será verdad, Cecilia, que leiste bien? ¿Será verdad que ese hombre, que aquí albergamos, es el hijo mio, de quien nada sabíamos, único que me faltaba conocer?

—Y el de V. enteramente abandonado, en quien, acaso, no pensaba ya, ciego del todo casi, efecto de las virue las, como habrá oido, errante por el mundo, Braulio, en fin, que así se llama y cuyo nombre ni aún sabía V., añadió el mismo Braulio.

—Si, si. Maldíceme, pues, hijo mio;

maldice á esta miserable que, llorando há tiempo su deshonra, espía en este lecho de dolor culpas de floridos años; maldícela, siquiera pobreza, mas que lisiandad, fuese causa de su extravío y tu abandono; maldice á la soltera que, viendo á sus padres arruinados y sin fuerzas para el trabajo, ahorró, para sustentarlos, algo de lo que en Santiago ganaba, sirviendo en decentes casas; maldícela.....
... Pero no, no; perdónala, que mucho mas perdona Dios é Indalecio, á quien tuve el consuelo de estrechar ayer entre mis brazos, tambien me perdonó.

——¡Otro hijo mas?, esclamó Braulio, dirigiendose á Cecilia.

—— Sí, contestó esta, otro hijo de distinto padre, otro hijo que ayer nos dió aquí un alegron, sirviendo, como tu, en el ejército y está casado hoy, segun manifestó.

—¡Desventurada mujer! exclamó otra vez Braulio en voz baja, hablando con su hermana. Guapa debió ser nuestra madre en su juventud y no extraño ya que tanto se abusára de ella.

Pero Narcisa, sin apartar los ojos de su hijo, repitió:

—Braulio mio, ¿qué dices? ¿Estoy, ó no, perdonada? Di que me perdonas, hijo mio; pues, ya que la fortuna tu ve de ver y abrazar á mi otro hijo, de quien nada sabia tampoco, quisiera morir con tu perdon y abrazar al que, ciego casi, juzgo hoy el mas infeliz de todos. Dímelo, Braulio mio, y moriré tranquila.

—Perdonada, desde luego, madre mia, bendiciendo yo, ademas, la hora en que con mi chico canté á la puerta de esta casa.

—Gracias, gracias, Braulio, y bendiga

te el Señor, como tu madre te bendice ahora; pero ven acá y abrázame, hijo mio; una madre nunca, ó casi nunca, olvida enteramente el fruto de sus entrañas; ven á mis brazos, que quiero estrecharte en ellos y besar tu rostro; ven y dame esos dos fragmentos de medalla, que quiero tambien besarlos, pues á ellos debemos tu y yo la dicha que en este instante disfrutamos.

Y madre é hijo se abrazaron con toda la efusion que es de suponer. Luego Branlio, dirigiéndose á Cecilia, le preguntó:

—Y tu, hermana mia, ¿no abrazas al pobre casi ciego, á quien ni limosna, ni albergue querias dar? ¿Temes, acaso, que, resentido de ello, te deseche?

—Limosna, albergue y cuanto yo pudiera te daria, Branlio, á saber

era mi hermano con quien hablaba entonces.

——Hermanos, Cecilia, somos todos y con todos quiere Dios se ejerza la caridad; Él galo, sino, aquel cantar:

"Si á tu puerta llama un pobre,
Jamás le niegues tu pan,
Que es feliz el que es virtuoso
Y es virtud la caridad."

Tu la ejerciste, al fin, y Dios, que sin recompensa nada deja te lo premiará, como decías, luego que, compadecida de mí y de mi lazarillo, nos mandaste entrar. Dáme esos brazos, pues.

——Con mucho gusto, Braulio, hermano mío, con mucho gusto.

Y fraternamente se abrazaron.

Darío, en pié sobre el hogar, estaba con la boca abierta y, tan absorto, que, por ganas que tuviera de cenar y de dormir, acabado que hubo de guiar el rosario, diríamos se las quitara to

das cuanto despues había ocurrido y, al ver Cecilia en tal disposicion allí á su sobrino; deseosa, por otro lado, no solo de obsequiar á Braulio, lo mismo que obsequiado había á Indalecio, sino tambien de que su tio Diego hiciera los honores y supiera, con tal motivo, las últimas novedades, llamó á Darío y marchó con él afuera, dejando á Braulio en conversacion con su madre, mientras no volvian. Diego presentóse al punto, saludó y abrazó al mozo sobrino, dió la enhorabuena á Narcisa y, sentado luego con Braulio en el banco del hogar, hablaron ambos de cosas varias, referentes á Narcisa y sus hijos y repitiendo Diego lo propio casi que á Indalecio había dicho. Cecilia y Darío no tardaron en volver, uno y otro con provisiones de la taberna, para el obsequio que

arregló aquella en un momento. Por manera que á las nueve, segun el reloj de Diego, sentados al pié de la artesa este, Braulio y su hijo, servíales Cecilia el caldo, que ella y su madre tambien tomaron, y, acto continuo, un rebozado de huevos con chorizos, de que madre é hija tomaron asimismo. Diego cortaba pan, escanciaba vino y hacia los honores, tan cordialmente, que nada mas había que pedir; pero á las nueve y media, hora en que, terminada la cena, Diego y Braulio empezaban á fumar, Darío cerraba los ojos con el sueño, Braulio no hablaba apenas y Diego, haciendo, por último, se dieran gracias, diólas, con efecto, él mismo y trataba seguidamente de retirarse, Braulio tomó entonces la palabra y dijo con firme voz:

——Enterado estoy de todo y acaben de hoy mas los abandonos: tengo en el

Mercado Viejo de Santiago una casita, propiedad un tiempo de mi difunta esposa, ahora de mi Darío y que, mientras este se halle bajo mi potestad, disfruto yo; ademas, merced á la industria á que me dedico, tengo tambien depositado algun dinero en manos de cierto comerciante de aquella ciudad y, mozo aún, puedo, Dios mediante, seguir con la misma industria, aumentando algo para la vejez; mi madre y Cecilia están muy mal aquí, sin casa propia y expuestas á perecer de hambre el dia en que Cecilia deje de ganar en su oficio de huevera, ó, enfermas ambas, no hallen quien las socorra y cuide; de consiguiente, á Santiago irán las dos conmigo; Cecilia hará de madre de Darío, asistirá á la mía y suya como hasta hoy y tendrá una tiendita que le pondré, á fin de que gane tanto, ó mas,

que de buena, y yo seguiré cantando y rascando mi violín, acompañado de Darío ¿Agrada el proyecto?

—¡Oh, hijo querido y de bendición!, exclamó Narcisa, solo Dios pudo infundir tan generosa idea en ti, á quien yo consideraba el mas infeliz de mis hijos.

—¡Hermano mio!, exclamó á su vez Cecilia, bien decias que caridad con todos y Dios mi buena obra premiaria; pero ¡qué tan pequeña obra para un favor tan grande como el que, á medio de ti, quiere dispensarnos!

Diego, enternecido, abrazó de nuevo á Branlio, diciendole al propio tiempo

—Mejor cosa no podias haber discurrido. Recibe con este abrazo mi enhorabuena!

Y Darío, otra vez absorto con lo que oía, dá repentinamente un salto hácia el centro de la cocina, haca

allí una cabriola y grita:

—¡Viva mi padre! ¡Viva mi tía! Ahora sí que estaremos mejor de lo que estamos y mudaremos camisas cada ocho días, lavadas por manos mas curiosas que las de la vecina Antonia, que solo de quince en quince nos las trae, poco mas limpias de lo que van.

Luego, dirigiéndose á su tía, añadió:

—¿Sabe V., tía Cecilia, que ganas me dan de echar la copla de que hablamos antes de rezar el rosario?

—Que la eche, dijeron Diego y Braulio á la vez, que la eche.

—Pues ahí va:

"Son mas ladrones tus ojos
Que los de Sierra-Morena;
Pero anda con cuidadito,
Que á un quien vive hay un alerta"

—Bien, bien, repitieron todos.

Cecilia entonces abrazó al chico y le dió un beso; llamóle luego su abuela, para darle otro, que recibió Darío muy satisfecho, y seguidamente, dijo Diego, hablando con Braulio y su hijo:

— A casa conmigo; quiero durmais allí, como durmió Indalecio anoche, pues aquí poca, ó ninguna, comodidad hay para que descanseis cual yo apetezco.

Dieron hijo y nieto las buenas noches á su madre y abuela respectivamente; diéronselas del mismo modo á Cecilia y, despedido que de ambas se hubo Diego, marcharon con este á su casa, donde se detuvieron y pernoctaron, ademas, el inmediato dia, á fin de arreglar todo para el viaje á Santiago; viaje que, despues de pagar Cecilia pequeña deuda de alquiler de casa y decir adios, por sí y en nombre de su madre, á los vecinos del lugar, se verificó

á las diez de la mañana del dia tercero en esta forma: Narcisa, sola, comodamente y bien abrigada, dentro de un carro del país, con sus correspondientes adrales; en otro carro, el arca de su hija, con algunas ropas, la artesa de cocina, un banco, ó dos, y varios trebejos; Branlio, Cecilia y Dario, á pié, todos muy contentos y Cecilia conversando, unas veces, con su hermano, otras, chanceándose con Dario, llevandole sus sonajas, tocándolas aún mejor que él á ratos por el camino y llegando unos y otros á Santiago poco antes de las dos de la tarde.

XIII.

Dos palabras ahora, acerca de la madre de Arminda y ama-suegra de su esposo.

Dª Sofía de Montalvite, vástago de una familia distinguida de Galicia; huérfana de padre y madre á los doce años; heredera in solidum de algun dinero, renta no despreciable de trigo en Camanzo y lucrativos bienes en Donas, quedó en poder de curadores, los cuales, mas que de la menor, cuidaban de sus propios intereses; de ahí que la florida época de juventud de Dª Sofía se resintiera de semejante flojedad, ó abandono, y de ahí que, no reconociendo mas freno entonces que su capricho, hiciese lo que se le antojaba, fuese á donde le daba gana y ¡ay! del que le replicara; prueba de ello la fatal noche del 11 de mayo de 1852 en Sar. Pero, casada oportunamente con un joven y virtuoso empleado de telégrafos, Dª Sofía cambió enteramente de carácter y la que, antes era orgullosa, casquivana y callejera,

vino á ser modelo de casadas, por su dulzura, modestia y otras prendas que hacian la felicidad del matrimonio. No tuvo hijos de este y la muerte arrebató á su esposo en temprana edad, desgracia que la impresionó muchísimo y puso en peligro su existencia misma. Inescrutables juicios del Señor que quiso conservarla á ella, para otros fines. Mas no pregunteis hoy en Donas por D.ª Sofia. Esta, otorgado que hubo su última disposicion, creyéndose ya innecesaria en el mundo, anhelando vida mas sosegada y perfecta, entró, como señora de estado, en un convento y en él murió há muy pocos meses. Arminda e Indaleio hicieronle, sinembargo, en Donas solemnes funerales y tienen ya una niña, retrato de su padre que ninguna noticia recibió del hermano de Montevideo, hasta la fecha en que esto

escribimos, ni ganas siente de marchar afuera, en vista de las razones de su mujer, de los consejos de su ama suegra y, mas que todo, en vista de la pingüe herencia dejada por D.ª Sofía y que Arminda é Indalecio disfrutan en santa paz, recordando siempre á su bienhechora, rogando á Dios por ella en sus cotidianas oraciones.

Y aquí fué fin la historieta. Los sucesos principales que en ella se refieren son verídicos, solo creimos conveniente variar nombres, apellidos y vecindades. Lector, si eres amable, perdona la insustancialidad del relato y sus muchas faltas.

La cruz perdida.

La cruz perdida,

por

Dn. Marcial Valladares

y

Núñez.

1883.

I.

El 30 de agosto de 1879 los jesuitas, á solicitud de varios párrocos del arcipreztazgo de Tabeirós, iniciaban una mision en la Plaza de Oca, frente á la suntuosa capilla y magnífico palacio de los ilustres Marqueses de San Miguel das Penas D.r Manuel Fernandez de Henestrosa y D.a Encarnacion Gayoso Vellez Giron, señores que, veraneando, como há muchos años veranean en dicho palacio, no solo cooperaron al mayor brillo y mejor éxito de la mision, sino que franquearon, amabilísimos, los salones de aquella casi régia morada á cuantas personas distinguidas quisiéran oir desde allí á los misioneros. Aprovecháronse de esta

favor ciertas familias, entre ellas, el caballero Rocasisa y su esposa, tan puntuales todos los días, que á las tres y media de la tarde estaban ya en uno de los balcones con sus dos hijos Ivan y Manolin, á quienes no dejaba de acariciar y dar besos la Marquesa, cuando los tropezaba, pues Ivan tenía unos diez años y Manolin solo ocho.

La misión terminó el 1o de setiembre con un sermon de despedida y la bendicion papal, bendiciendo seguidamente uno de los Padres multitud de objetos religiosos, comprados en diferentes tiendas, esparcidas aquí y allá, dentro del mismo campo, ó perímetro, de la misión.

La de Rocasisa compró tambien algunos, para sí, su marido y familiares y, ademas, para sus niños, dos pequeños rosarios de nácar, con crucecitas de metal dorado, é iguales de manera que, visto un rosario, estaba visto el otro. Ep-

puso sus compras á la bendicion; envolvió todo luego en un pañuelito blanco y, retiradas que fueron del campo las imágenes, traídas de las parroquias, y la Dolorosa á la capilla del palacio, Rocasiva, su esposa, y hasta los dos niños, despidiéronse de los Marqueses, demostrándoles sincero agradecimiento y recibiendo los niños consejitos y abrazos de la Marquesa; bajaron á la Plaza; despidiéronse igualmente allí de amigos y amigas, con quienes encontraban, y, montando, por último, en sus cabalgaduras, se dirigieron á su albergue; Rocasiva, con Ivan y la señora, con Manolín.

Éste y su hermano, apenas entraron en casa, pidieron á la madre sus rosarios y no se hartaban de mirarlos y enseñarlos á todos, incluso la gente de cocina; rezaron por ellos aquella noche y, al acostarse, Ivan colgó

el suyo en un clavito á la cabecera de la cama, no así Manolín que lo dejó en uno de los bolsillos de su chaqueta.

El día siguiente, luego que despertaron, apoderáronse otra vez de los rosarios y, examinándolos minuciosamente, dice Manolín á Iván:

——— El mio es mas bonito que el tuyo; tiene las cuentas mas brillantes y la cruz mira que coradita.

A lo que contesta Iván:

——— Estás fresco. Brillantes son las del mio y la cruz en nada se diferencia de la tuya.

La madre, que los oía, hizo que al punto se levantáran; pero, antes de levantarse, Iván colgó de nuevo su rosario en el clavito, Manolín guardó el suyo en el bolsillo de donde lo sacára y, vestidos en un instante, sirviósele á poco el almuerzo y acto continuo se pusieron á estudiar sus lecciones y á es-

cribir sus planas, pues á las nueve venía el maestro y habría llanto, si las lecciones no se supieran y las planas estuvieran sin extender.

No la hubo aquel día, á pesar de irseles á cada momento la imaginacion tras los rosarios; el maestro salió de la casa complacido y los dos hermanos corrieron inmediatamente á jugar la tala en el corral, ó pátio, donde solian tener esta y otras espansiones.

Manolin, en medio del juego, no podia prescindir de dar una ojeada á su rosario; mas la crucecita, que en una de estas ojeadas debió desengancharse, cayó al suelo, sin que el niño lo advirtiera, y, al notarla de menos en el rosario, registró el bolsillo, examinó al rededor la tierra, bien que inutilmente, y dijo, tristísimo, á su hermano:

——¡Sabes una cosa, Ivan! Sabes

que perdí la cruz de mi rosario!

—¡Bueno! Yo se lo diré á mamá.

—Calla; no se lo digas y busquémosla aquí los dos, por si aparece.

—Ya viene allá y se lo voy á decir, pues eres un perdulario, á quien nada se puede dar.

—Ivan, no se lo digas, que, tal vez, la hallemos. Busca aquí conmigo.

Pero Ivan, sin hacerle caso, corrió hácia su madre y, acusando á su hermano, dijola:

—Manolin ya no tiene cruz en su rosario, mamá.

—Pues ¿qué hizo de ella?, preguntó la madre

—¿Qué hizo? La perdió, como pierde la mayor parte de las cosas que se le dan.

—Válgate Dios, hijo mio, y ¡qué hás de ser asi descuidado!

—Por fuerza habia de perderla, mamá, contestó Ivan, trayendo el rosario

en el bolsillo y sacándolos á cada paso, yo no sé para qué. Si lo tuviera colgadito á la cabecera de la cama, como yo tengo el mio, no sucedería lo que acaba de sucederle.

——Ivan, tu eres un acusador, replicó Manolin y mejor harías en traer contigo tu rosario que tenerlo á la cabecera de la cama. Si la cruz del mio se perdió, Dios lo quiso y no por eso dejaré de andar sin mi rosario, que estas cosas no son para estar colgadas; son para que á todas partes las llevemos con nosotros. ¿No es así, mamá? ¿No lo dijo el Padre, antes de bendecirlas?

——Me gusta oirte hablar de esa manera, contestó la madre y, si en el bolsillo traes el rosario, hijo mio, con intencion de no separarlo de tu persona y que, por medio de él, te proteja Dios, haces mejor que Ivan y es de esperar aparezca la cruecita. Ayudadme, pues, los dos á buscarla y

rezad conmigo un Padre-Nuestro á San José, para que la hallemos.

Guiando la madre el Padre-Nuestro y puestos á registrar los tres, cada cual con una varita en la mano, los sitios todos por donde anduvieran jugando y corriendo, invirtieron mas de media hora en la operacion; pero la crucecita no apareció.

Manolin quedó cabizbajo y pesaroso; no quería jugar ya la tala; y cada vez que sacaba del bolsillo su rosario y notaba en él la falta de la cruz, casi se arrepentía de no haberlo colgado á la cabecera de la cama, como hiciera Isaac. Éste se reía de él; Manolin enfadábase y lloraba entonces. Observábalos la madre y, comprendiendo demasiado lo que eran niños, llamó á Manolin, enseñóle una medallita blanca y le preguntó:

——¿Ves esta medallita de la Concepcion?

—— Si, mamá, y ¡qué bonita es! Déjame que la mire bien. Tiene, por un lado, doce estrellitas, dos corazones y una cruz y, por el otro, en torno de una imagen de la Virgen, dice: "O Marie conçue sans peche, priez pour nous qui avons recours á vous"

—— Y ¿sabes lo que eso quiere decir?

—— No, mamá.

—— Eso es una cortita plegaria en frances. Vé á papá que te la traduzca y lo sabrás.

Sintió el niño una toseciilla en la estancia y, volviendo la cabeza, dijo:

—— Mira, mira, como el picaron estaba detrás oyéndonos

—— Quiere decir, contestó el padre: "O Maria, concebida sin pecado, rogad por nos que acudimos á vos."

—— Ya lo sabes, hijo mio, añadió entonces la madre, y no te olvides de rezar esa pequeña oracion, cuando recer las demas que te hé enseñado.

—— Desde hoy empezaré á rezarla, mamá; pero, dime: ¿ vás á ponerme esta medallita en mi rosario ?

—— Ahora mismo; dámelo acá y te la aseguraré en él lo mejor que pueda, á fin de que no la pierdas.

Y Manolín, entregando á su madre el rosario, echóla al cuello los brazos y dijo:

—— ¡Ah, mamaíta! ¡Qué buena eres! Te doy palabra de no perderla. Cuando la vea Ivan...! Y há de verla; con eso, no se reirá de mí, antes deseará otra; pero tu, mamá, no se la dés; así estaremos los dos iguales.

La madre no pudo menos de sonreirse y, asegurado que hubo la medallita, devolvió el rosario á Manolín, el cual, contento como unas páscuas, le guardó en el bolsillo del chaleco y se fué á enredar, sin cui-

darse ya de la crucecita que había perdido.

II.

Satisfecho Manolín con la medallita que su madre le colocára en el rosario, siguió trayendo este en el bolsillo del chaleco, de donde no lo sacaba ya sino para rezar de noche, cuando, en familia, rezaban todos los de casa. Iban dió tambien en traer consigo el suyo y ambos, siempre que jugaban la tala, ó hacian ejercicios violentos, cuidaban mucho de meter en el bolsillo de los rosarios un pañuelito, ú otra cosa, á fin de que no se les cayeran.

Los dos niños tenian, como hemos visto, maestro particular en casa, pues no querian sus padres se adocenáran, anduvieran, acaso, en malas com-

pañías. El de la parroquia, á cuya escuela asistían como unos treinta muchachos, viendo que no se portaban mal, ofrecióles una corrida de gallos y un banquete; aquella, el día 1.º de enero de 1880 por la tarde en el montecillo, denominado hoy **Campo del baile**; este, en la casa-escuela el 2 del propio mes, cosas ambas que no dejaban de ocasionar algunos gastos al maestro; gastos que los padres de los muchachos procuraron hacer mas llevaderos, enviándole, como regalitos, unos, dos reales, ó una pesetilla; otros, molletes de pan, ó alguna bota de vino; otros, gallos, ó gallinas; otros, liebres, conejos, ó perdices; cada cual, en fin, lo que podía, según su clase.

Manolín, que el día 1.º celebraba los de su santo, noticioso de la fiesta que el maestro de la parroquia intentaba dar á sus muchachos y por mas

que no fuera de la escuela de estos, quiso tambien echarla de generoso y, acercándose á su madre el dia mismo de San Manuel, díjola:

—— Hoy, que son mis dias, mamá, deseára me permitieras regalar al maestro de escuela de la parroquia uno de nuestros gallos, para ver como se luce en la corrida de esta tarde.

—— Pregunta á papá y, si él permite, se hará el regalo.

Marchó el niño á preguntarlo á su padre y este le contesta:

—— Haz lo que mande tu mamá

—— Mamá quiere que te lo pregunte á ti.

—— Pues dila que apruebo lo que ella haga.

Y Manolin volvió gritando:

—— Papá dice que aprueba lo que tu hagas.

—— Bien; te lo permito, siempre que no sea el gallo grande.

—— No, mamá, el mediano y eso que canta tan bien, ó mejor, que el grande.

— Díselo, pues, á la cocinera y que la lleve en tiempo á casa del maestro.

— Ahora mismo y ya verás, mamá, como se luce en la corrida.

Llevóle la cocinera el gallo y, vuelta al instante con la noticia de que la corrida empezaba á las tres en punto, comióse á las dos en casa de Bocaviva y este, su esposa y los dos niños marcharon seguidamente hácia el campo del baile.

En la casa-escuela hallábanse reunidos ya el maestro con sus muchachos y la Reina de la corrida, ó niña mas aventajada de la escuela, una pequeña música y dos hombres, cada uno con dos gallos en la mano. El maestro vestía gaban y pantalon negros, sombrero de copa alta, camisola blanca, bien planchada, corbata amarilla y botinas nuevas de chagrin, sin que olvidado se le hubiera el baston, ó caña, de puño de plata; la Reina, un guardapies, ó sa-

ya, de percal á cuadros, juboncito negro, pañoleta blanca de crochet, caida por la espalda y cruzada sobre el pecho; llevaba el cabello á dos trenzas; en la cabeza, una corona de papel dorado y calzaba unas zapatillas verdes: los muchachos, provistos todos de sables de madera, bien cortantes y con vaina de corcho en la empuñadura, estaban segun cada cual podia, excepto el mas adelantado, ó Rey, y el de mas edad, ó Comandante: lucia el primero pantalon blanco, con franja de papel dorado, casaca de bayeta azul y, sobre ella, ancha banda de seda carmesí, atravesando el pecho y la espalda y haciendo gracioso lazo encima de la cadera izquierda, sombrero apuntado de papel, guarnecido con plumas de pavo real, y botinas de charol, no muy flamantes: el segundo, ó Coman-

Santa, pantalon encarnado, levitin negro, con tres galones y tres estrellas de papel dorado en la boca manga, ros de carton en la cabeza y grandes botas de agua.

—Llegado el momento de partir, el maestro ordenó su gente en esta forma: Delante, la música, tocando marcha; luego, los hombres de los gallos, uno al lado de otro, sujetando con la mano derecha las patas de estos, cuyos cuellos descansaban en el brazo izquierdo de los conductores; seguidamente, los muchachos, á dos de fondo, con su Comandante á la cabeza, y, por último, ó á retaguardia, el maestro en medio del Rey y de la Reina.

Ordenada asi la gente, cada cual ocupó su puesto y, acto continuo, dijo el Comandante:

— Sables al hombro. Media vuelta sobre la izquierda. Paso regular. Marchen.

Rompe la música á tocar, abre

calle la multitud, que llena los caminos, y marcha así la procesion hasta el sitio de la corrida, llegada á cuyo punto, se detiene, cesa de tocar la música y dice el Comandante:

——Firmes. Media vuelta sobre la izquierda. Presenten sable. Ár:

Pasan los Reyes y el maestro por delante de la línea de muchachos; coge el preceptor el gallo de Manolin, que con sus padres se acercó á observar y no quitaba ojo del animal, entrega el gallo al Rey, haciendole al propio tiempo una cortesía; toma S.M. el gallo con las dos manos, enséñalo á la muchedumbre y déjalo en seguida caer al suelo. El gallo, esbelto y bien formado, de hermosa cresta, encendida como una brasa, plumas negras, grandes y arqueadas en la cola, castaño-oscuras, en el vientre y amarillo-sedosas, en el lomo y cuello; el gallo, repetimos, al ver-

se libre, quedóse un momento inmóbil, como si gustára de que el público le contemplase, y entonó un sonoro **cacaracá**; pero, al decir el Comandante "desfilen y á él", echa á correr y volar, de tal manera, que volvió locos á los muchachos: Manolin gozaba y reia á mas y mejor; sus padres é Ivan tambien reian y nadie le pudo atrapar, ni alcanzarle golpe hasta que, atravesando en una de las correrías por delante de S. M. le asestó el Rey un sablazo en el cuello y cayó muerto á sus piés.

Corrieronse luego, en igual forma, los otros gallos; pero, no tan apuestos, ni de tanto empuje como el de Manolin, pronto los chicos dieron cuenta de ellos, muriendo á distintas manos y en distintos sitios, despues de lo cual, terminado el simulacro, Reyes y vasallos se incorporaron á sus familias respectivas; tocó la música una **muiñeira** y hubo animado

baile hasta el anochecer, hora en que deshecha la reunion y dispersándose la concurrencia, fueron todos retirándose y, dentro de una cesta para casa del maestro, los gallos muertos en la corrida.

III.

Mediaban entre el maestro y el señor cura de la parroquia buenas relaciones y, como la casa del segundo era la mas próxima á la de escuela, resolvieron entrambos de antemano que los artículos de comer, ó manjares, para el banquete, se prepararían en la cocina de la rectoral, enviándolos allí el maestro, juntamente con el vino, y que todo lo demas se pidiera en la misma rectoral.

El dia 2, pues, muy de madrugada, salian de casa del maestro diferentes

personas con cestas llenas de dichos artículos; la chimenea de la cocina del señor cura humeaba mas de lo ordinario en hora tan temprana; á poco, llegó el maestro á la vectoral, acompañado de los dos hombres portadores de los gallos para la corrida del dia anterior y, mientras los segundos marcharon á barrer la casa-escuela y sentar las mesas, el primero habló con el ama del señor cura y con la cocinera, relativamente á cuanto y como debía prepararse, ropa de mesa, cubiertos, platos &, atendidos el número y clase de los comensales; luego, la cocinera y otras tres mujeres pusiéronse á trabajar sin descanso en la cocina; el ama abrió las puertas de los armarios, sacó de ellos las cosas acordadas con el maestro y fué colocándolas en cestas que no tardaron en llevar los acompañantes de este, el cual iba y ve

nia de la rectoral á la escuela y de la escuela á la rectoral, multiplicándose en ambos sitios y activando de, tal manera los trabajos, que á las once y media podía decirse estaba todo preparado. El banquete empezaba á las doce en punto; un cuarto de hora antes algunos muchachos tomaban ya el sol cerca de la casa-escuela; pronto fueron en acudir los restantes; sonaron las doce en el reloj del señor cura y, tocando aún á mediodía las campanas de la parroquia, ninguno había fuera, cada individuo iba ocupando el lugar que el maestro le designaba, siendo el de los Reyes el de preferencia, ó centro de la mesa de cabecera. Bendijo una y otras el preceptor y, sentados todos los muchachos, concluida que fué la bendición, sirvióse á cada comensal, empezando por la Reina, un buen plato de sopa; seguidamente, vino el cocido, ú olla podrida, tan variada en

Galicia, que constituye por sí sola cuatro, ó cinco, especies de vianda; cocido, del cual muy poco sobró, ó nada; luego, estofados y en grandes fuentes de piedra con patatas, vinieron los cuatro gallos muertos en la corrida y otras tantas gallinas que mandó añadir el maestro. Este y los dos hombres ayudantes eran los que trinchaban y servían; pero el maestro, que trinchó el gallo regalado por Manolín y deseaba hacer á la Reina una expresion, separó en un plato la molleja, sacó del bolsillo una crucecita de metal dorado, cogió un alfiler, que ya tenía allí, pasó este por la anilla de la crucecita, clavólo en la molleja y llevó el plato con todo aquello á la Reina que, sorprendida, preguntó:

——— ¿Y esto?

——— Esto, contestó el preceptor, es una fineza que hago yo á mi discípula

mas aventajada, porque hás de saber que en esa molleja del gallo que me regaló ayer el señorito Manolín Rocasisa han aparecido hoy la crucecita y alfiler que ahí tienes. Así, pues, cómete la molleja y guarda para tí lo demas, como un recuerdo de tu maestro.

—— Parece imposible y, á no decirlo V., no lo creería.

—— La cocinera fué quien, estando yo presente, encontró los dos objetos en la molleja. Pregúntale, si quieres, y dirá lo mismo que yo te digo.

—— Me basta el dicho de V., maestro, y, aceptando con toda gratitud esta prueba de cariño que, sin merecerla, me dispensa, comeré desde luego la molleja y guardaré, como recuerdo de mi maestro, la cruz y el alfiler.

Guardó, con efecto, los dos últimos objetos y despues, cortando con un cuchi-

llo en dos mitades la mollja, clavó el tenedor en una de ellas, dióela á su compañero el Rey y se comió la otra.

—Los demas muchachos, al oir lo que el maestro decia á su mejor discípula, alzáronse de los asientos y, por mas que al principio tambien dudáran, ó no creyeran, que daron, al fin, convencidos de que el hecho era cierto y digno de enarrarse, al estar de vuelta en sus respectivas casas. Sentados otra vez y medianamente repletos, á juzgar por lo que aún dejaban de los gallos y gallinas, vinieron manzanas, naranjas, nueces y avellanas, postres, de que no quisieron tomar, pero de que, con permiso del maestro, llenaron todos los bolsillos.

No hubo dulces, botellas, ni otras golosinas, ya pórque el modesto banquete no lo exigiá, ya por el pequeño vango de los comensales, ya por no hallarse

el maestro en circunstancias de gastar lo que no podía, ni le era dado. Hubo, sí, además de lo referido, pan santiagués de mollete, con profusión, y vino tinto del país, sin mezquindad, bien que cuidando el preceptor de que ninguno cayera en los manteles, ni los chicos se embriagáran.

Terminado el banquete, hizo el maestro una seña y se levantaron; dió gracias al Señor allí con ellos y dijo en seguida el Rey:

—— ¡Viva nuestro preceptor!

—— ¡Vivááá!, gritaron los demas.

Y, despidiéndose uno á uno de su maestro, se retiraron; la Reina, muy contenta con la cruceeita y todos, corriendo por los caminos, á fin de llegar presto á las respectivas casas y enarrar en ellas, como enarraron, pormenores de la comida, especialmente lo de la cruz y el alfiler en la molleja del gallo del señorito Manolín; así es que á la noche sabíanlo ya todos los de la parroquia,

incluso el mismo Manolín que recibió un alegron con la noticia y, acercándose á su madre, dijo:

——— Ahora es noche y no puedo ir, pero mañana por la mañana, si me permites, mamá, voy á casa de la Reina de la corrida, para que entregue mi cruccita y quédese allá el alfiler, que ese á mi nada me importa y, ademas, ó será, ó no será nuestro.

——— Y ¿crees tu que, sin mas ni mas, la vás á entregar, sobre todo, habiéndosela regalado su maestro? Iremos los dos y, aún así, dudo que la entregue.

——— Que remedio tiene sino entregarla. El maestro se la regaló y ¿quien era él para regalar lo ajeno?

——— No todos son inocentes como tu, hijo mio. En fin, allá veremos.

Fueron la de Rocavisa y Manolín el dia 3 por la mañana á

casa de la Reina que salió á recibirlos con mucho agrado; pero, al tratarse de la cruz, al decirle con amabilidad esquisita, mezcla da de lisonjeras frases, la madre de Manolin que aquel objeto no le pertenecia; por estas y las otras causas, contestó la Reina:

——Las razones que V. aduce, señora, serán muy ciertas, no las niego; mas sin pruebas..... ya ve V.... Por otra parte, esa crucecita es un regalo de mi maestro y esta sola consideracion, motivo mas que suficiente para no entregarla yo sin su permiso, en caso aún de que haya pruebas justificativas del derecho que V. invoca.

——Y, ¿quien era tu maestro para darte á tí mi crucecita sin permiso mio, digo de mis papás?, preguntó Manolin.

——Calla, niño. Basta que las dos hablémos.

——Bien; callaré, mamá.

Luego, volviéndose esta á la jo-

ver, hijo:

——Te la compraré, hija mia, y no haya pugna. ¿Qué pides por la cruz?

——¡Vender yo el regalo de mi maestro! Perdone V., señora, si le respondo que su pregunta me ofende.

——Tienes razon; no te enojes y ya veremos lo que dice el maestro. Adios, pues, discreta niña.

Y la de Rocamora y su hijo marcharon á casa del maestro, diciendo la primera á Manolin por el camino:

——¡Vés, hijo mio, como sale lo que temia yo! Pueda, pueda, que tu cruceita nos dé que hacer.

——Yo creo que no, mamá; pues, no siendo la cruz de la Reina, ni del maestro, él dará permiso y entonces ya la entregará la Reina mas que de prisa.

——No todos son inocentes como tu,

hijo mio, te repito.

Llegados á casa del maestro, salió esta igualmente á recibirlos atentísimo y dando gracias á Manolin por el regalo que le había hecho, con motivo de la corrida. Llevólos á su habitacion; alargó sillas para que se sentáran; sentaronse madre é hijo; sentóse él y, manifestado que hubo la de Rocaviva el objeto de su visita y lo que mas conducente creyó al caso, dijo el maestro:

——La cosa, señora, no vale en sí un ardite y, aunque salió ya del dominio de V. y, como accesoria al gallo regalado, cedió á lo principal, yo con mucho gusto la entregaría, fuese, ó no fuese de V., si estuviera en mi poder; mas hay la circunstancia de que, por vía de fineza y como un recuerdo mio, se la regalé á la niña de mas despejo en mi escuela; de consiguiente, siento muchísimo, siento en el alma, no poder complacer á V., tanto menos, cuanto juz-

go hasta indecoroso para mi deshacer hoy lo que hice ayer, obligar á mi discípula á que entre que lo que le dí, creyendo que era mio, como asi lo creo.

Esto no obstante, la madre de Manolin insistió en su pretension y el maestro, haciendo protestas y mas protestas de sentimiento, concluyó diciendo:

—— Señora, no soy ingrato: ordéneme V. á su capricho en otra cosa; pero en esta, repito, no me es posible complacerla.

La de Bocaviva no insistió mas; despidióse con su hijo del maestro; bajó este, acompañándolos hasta la puerta, donde, á su vez, se despidió tambien con grandes cortesías y nuevas protestas de sentimiento; mas la señora, nada satisfecha de las escusas del preceptor, apenas perdió de vista su casa, dijo á Manolin:

—— Hijo, nos hemos lucido.

—— Deja, mamá, que, asi que papá

sepa lo que ocurre, ya tomará el asunto de su cuenta y tendré mi cruz, ó no hay justicia.

Rocasisa, tan pronto supo por su esposa lo que la discípula y el maestro contestáran, entendiendo que el negocio ofrecía ya un aspecto algo grave, tomóla, efectivamente, de su cuenta; tuvo una conferencia con el maestro; alegaron en ella uno y otro sus razones y, si bien ninguno de los dos se dió por satisfecho, convinieron ambos en pasar por lo que mandára el Licenciado en Derecho D.r Luis Barciela. Este señor aceptó el compromiso y, en su consecuencia, extendió el laudo que á continuacion insertamos, siquiera no sea mas que por la novedad del caso.

"D.r Luis Barciela, juez comprosisario nombrado por los señores D.r F.*** Rocasisa y D.r A.*** R.***, maestro de la escuela elemental de B.***, para decidir acerca de la pertenencia de una

cruz; oidas las partes disordantes; informado de personas sin interés en el asunto y de cuanto, sobre el particular, creí atinente;

Resultando que en la mision última de Oca compró la señora de D.n F.co Rocaverde, para sus hijos Ivan y Manolin, dos rosarios con cruces enteramente iguales, segun manifestacion de personas desinteresadas que las vieron y examinaron;

Resultando que el Manolin perdió la cruz del suyo en el corral, ó pátio, de la casa de sus señores padres, sin ser habida, por mas que fué buscada;

Resultando que en la molleja del gallo que dicho Manolin regaló al maestro de la escuela de B.co D.n A.co R.co, para la corrida de 1.º del mes que rige, apareció, segun confesion del referido maestro, una cruz pequeña que este, en el banquete del dia 2 del enunciado mes, regaló á la niña mas aventajada

de su escuela.

Resultando que la cruz del rosario del niño Ivan es la misma que en él tenía, cuando su señora madre le compró en Oca y la de que se trata en nada se diferencia de aquella;

Vista la ley 35, tit. 28, Partida 3ª;

Considerando que el objeto, ó cruz, aparecida en la mollera, como cuerpo del todo extraño á la misma, no pudo, ni podía jamas unificarse con ella, ni ser, de consiguiente, parte accesoria del regalo hecho por el niño Manolin Rocaviva;

Considerando que lo que este regaló fué solamente un gallo, siquiera dentro de él estuviera, contra lo verosimil y que nadie hubiera presumido, la cruz que se disputa;

Y considerando que, no perteneciendo, como no pertenecía esta, al maestro, segun la ley citada, mal podía el mismo

regalarla á otra persona, cualquiera que ella fuese,

Debo mandar y mando que la persona, en cuyo poder esté la cruz aparecida en la molleja del gallo que el niño Manolín Rocavisa envió al maestro D.r A.ᵗᵒ B.ᵗᵒ, la entregue inmediatamente á los señores padres de dicho niño, de cuya pertenencia la declaro. Así lo proveí y mando en Castrotion á 12 de enero de 1880 = Luis Barciela."

En fuerza de este laudo, la cruceita fué entregada. Manolín no cabía en sí de gozo y su madre, colocándosela y asegurándosela en el rosario, díjole:

—— Admira, hijo mío, el modo que tuvo la Providencia de devolverte la cruz perdida, vézala alguna cosa todos los días, pues ya sabes que fué bendita el último de la misión; dá gracias al Omnipotente por el hallazgo y, á fin de que tu hermano

y tu quedeis otra vez iguales, hoy mismo regalaré á Ivan, para su rosario, una medallita como la que á ti hé regalado.

——Sí, mamá; siempre iguales ¿Quieres que ya se lo vaya á decir á Ivan?

——¿espera, hijo; no seas precipitado. Dí selo; mas tu tienes que ir mañana con papá á dar las gracias al señor Barcicla por su sentencia reparadora.

——No se me había ocurrido eso; se te ocurrió á ti, mamá, y es lo mismo. Iré.

——Sí; pero á ver como te portas; cuidadito; no sea que vayas á decir lo que no debas, como hiciste en casa de la Reina.

——Bien, bien; no me excederé.

Y marchó corriendo á noticiar á su hermano lo de la medallita.

Fin.

a Ea
1

EX
COMP
Va
Los